

Fuerzas productivas y relaciones de producción

Prólogo

En este libro reunimos dos trabajos anteriores que componen las partes primera y segunda del mismo. Son incursiones teóricas y metodológicas que han servido de referencia para varios estudios sobre la realidad del capitalismo contemporáneo y para repensar las ciencias sociales contemporáneas y particularmente la cuestión del desarrollo.

FUERZAS PRODUCTIVAS

Y

RELACIONES DE PRODUCCIÓN:

UN ENSAYO INTRODUCTORIO

"La historia entera no es más que una transformación continua de la naturaleza humana", Karl Marx, Miseria de la Filosofía, (Editorial Nacional, 1973, p.372).

Prólogo de la edición venezolana

Este pequeño libro fue escrito originalmente en 1983 como una introducción a mis investigaciones teóricas y empíricas sobre la economía política de la ciencia y tecnología. En seguida publiqué, en los años ochenta, tres libros sobre: Revolución Científico Técnica y Capitalismo Contemporáneo, Revolución Científico Técnica y Acumulación de Capital, Revolución Científico Técnica, División Internacional del Trabajo y Economía Mundial, además de una serie de artículos sobre el tema, articulando lo con la dependencia, las crisis económicas, el proceso de trabajo y la evolución de la sociedad y la superestructura ideológica contemporánea.

A pesar de que la mayor parte de estos textos fueron escritos en español, fueron publicados sobretodo en portugués como resultado de mi reintegración en Brasil, a partir de la amnistía política alcanzada por la sociedad civil brasileña en un vasto movimiento democrático cuyos frutos aún están se cosechando en nuestros días. Entre estos, destacase la creación de un aparato de investigación y desarrollo que viene se consolidando a cada día. El presente libro, a pesar de más teórico tuvo varias ediciones, lo que no pasó con los otros tres, considerados tal vez demasiados especializados y técnicos.

Por varios motivos no los publiqué en castellano, absorbido por las luchas políticas y sociales de la transición brasileña hacia la democracia no dediqué el tiempo suficiente a su divulgación internacional. Creo que fue un error pues la importancia de esta temática y la originalidad del enfoque que habíamos desarrollado en el Seminario sobre economía política del capitalismo contemporáneo que mantuvimos de 1974 a 1980 con Leonel Corona en el Doctorado de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) permitió que este seminario se haya desarrollado y ampliado hasta nuestros días, además de habernos integrado ampliamente con el proyecto de investigación sobre prospectiva tecnológica latinoamericana dirigido por el grande científico y humanista argentino Amilcar Herrera, a partir de la Universidad de Campinas y con el apoyo de la Universidad de las Naciones Unidas y de la CIDA canadiense.

Desde la Fundación Escuela de Servicio Público del gobierno del Estado de Río de Janeiro (FESP RJ) cuya dirección de estudios y formación yo ocupé entre 1983 y 1986, hemos sostenido un fuerte trabajo de investigación y estudio sobre el tema, apoyado firmemente por el revolucionario gobierno de Leonel Brisola. Tal vez fuese necesario retomar en el momento actual la plenitud de los estudios sobre una Economía Política del Mundo Contemporáneo que venimos trabajando todos estos años y que resultaron en una amplia literatura que tal vez formen parte del sustrato necesario para la liberación teórica, ideológica, política y administrativa de nuestros pueblos.

Por estas razones acepté con mucho gusto publicar una edición venezolana de este libro conciso pero por esto mismo útil sobretodo para un país que hace el esfuerzo revolucionario tan consistente y corajudo como Venezuela. Creo que en este esfuerzo debe haber un espacio muy importante para una Economía Política de la Ciencia y la Tecnología para la cual pretendemos contribuir con este libro y con el entorno que lo hizo viable y necesario.

Theotonio Dos Santos

Lima, 20 de Marzo de 2009.

Prólogo para edición original

El presente trabajo fue presentado originalmente para el seminario sobre Economía Política de la Ciencia y la Tecnología que he desarrollado en la UNAM conjuntamente con Leonel Corona. Hemos discutido con él y los demás colegas del seminario los temas desarrollados en este ensayo que quedó como una especie de introducción metodológica a la problemática de nuestro seminario y a mi libro sobre *Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*.

A pesar de su carácter ensayístico e introductorio, creemos importante darlo a publicación debido a la escasa literatura existente sobre el tema y los aspectos polémicos que encierra. Esperamos que sea de utilidad para nuestros lectores.

Theotonio Dos Santos

Belo Horizonte, octubre de 1980

INDICE

Prólogos	5
I. La radicalidad del materialismo dialéctico y el rol de las fuerzas productivas	9
II. Hombre y naturaleza	14
III. Fuerzas productivas y relaciones de producción	19
IV. Fuerzas productivas y relaciones de producción en el capitalismo	26
V. Los elementos de las fuerzas productivas	33
VI. Elementos constitutivos y evolución de las relaciones de producción	42
VII. Fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura	50
VIII. Conclusión: Como estudiar las fuerzas productivas en la sociedad contemporánea	57

I. La Radicalidad del Materialismo Dialéctico y el Rol de las Fuerzas Productivas

El estudio de la relación mutua entre fuerzas productivas y relaciones de producción depende esencialmente de una comprensión correcta de la concepción materialista radical en que se fundamenta el pensamiento de Marx y Engels.

Para ellos, la materia, el mundo material, preceden histórica y lógicamente el conocimiento, la razón, el espíritu y la cultura que no son más que manifestaciones superiores de la misma.

Esta precedencia se plantea de dos maneras distintas pero complementarias:

- a) El mundo material existe independientemente del conocimiento y sólo a partir de esta constatación se puede hablar del acto del conocimiento, que sólo adquiere sentido en la medida en que se acepta la objetividad del mundo exterior.

- b) El mundo material es el presupuesto de la existencia misma del sujeto cognoscente. Sólo hay pensamiento si existen las condiciones materiales que permiten a los individuos concretos pensantes vivir y reproducir su vida. Y la primera condición para esto es la capacidad que tiene el individuo o la sociedad concreta en que vive para alimentarlo, vestirlo, darle abrigo, sin hablar en los sofisticados instrumentos materiales (lápiz, bolígrafos, papel, madera, libro, computadora, etc.) que el sujeto necesita para alcanzar el desarrollo pleno de su pensamiento.

Marx y Engels van más lejos aún. No basta aceptar este presupuesto general: es necesario aceptar también que los propios actos de conocer y pensar son actividades materiales concretas, que hacen parte de las actividades más globales de las sociedades concretas. El conocimiento, el pensamiento les permite producir y reproducir sus condiciones de existencia. El acto de conocer, que la filosofía trató fundamentalmente como la relación de un sujeto cognoscente puro con el mundo exterior en general, se determina como una actividad, una forma del trabajo humano. Se deshace el sujeto abstracto y se afirma el sujeto concreto, determinado por las condiciones materiales de su existencia individual y social.

Fue en la Ideología Alemana y en las Tesis sobre Feuerbach que Marx y Engels hicieron el esfuerzo más concentrado de definir, de la manera más coherente posible, esta concepción y sus implicaciones no sólo para la teoría del conocimiento y de la cultura sino también para la comprensión de la relación entre el hombre y la naturaleza.

Marx y Engels pretenden fundamentar su concepción del hombre y de la naturaleza en premisas empíricas:

“Las premisas de que partimos no tienen nada arbitrario, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado como las engendradas por su propia acción. Estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente, por la vía puramente empírica.”

¿Qué premisas son estas?

En primer lugar Marx y Engels definen su concepto del sujeto cognoscente. Él es un individuo natural, históricamente determinado, que cumple un rol concreto en las relaciones sociales a las cuales está sometido, y el acto de conocimiento depende no tanto de una actividad intelectual pura sino de su actividad concreta como productor. Es esta actividad que pone los hombres concretos, algunos directa y otros indirectamente, en un proceso de intercambio productivo con la naturaleza y con los otros hombres generando la posibilidad de crear ideas sobre la realidad que les es exterior y sobre su propia condición de sujetos cognocentes.

En la Ideología Alemana se explicita claramente esta primera premisa de la manera siguiente:

“La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza”.

Esta existencia corpórea no es un hecho “natural” sino “social”. La naturaleza corpórea del hombre evoluciona conjuntamente con sus propias condiciones de vida, es decir, con el dominio que la humanidad va adquiriendo sobre sí mismo y sobre el mundo que le es exterior, como se observa en el texto que presentamos abajo:

“Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida, paso éste que se halla condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material”.

Más aún: esta naturaleza humana es totalmente dependiente de las condiciones materiales de la producción y se transforma en la medida que esas condiciones se cambian:

“El modo como los hombres producen sus medios de vida depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que se trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solamente mientras es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de vida de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo cómo producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción”.

Se producen así modos de producción históricamente distintos que crean su propia representación ideológica, sus propias instituciones que tienen que ser analizadas empíricamente para poder descubrir teóricamente las bases materiales de las ideas y representaciones que el hombre hace de sí mismo. Sólo esta actividad científica puede fundamentar un conocimiento real de la historia y de su desarrollo. Está así planteado, en el fundamento mismo de la dialéctica materialista, la teoría de la ideología no sólo como una forma de comprender las representaciones ideológicas de la sociedad, tema a que nos referiremos posteriormente, sino como una premisa necesaria para romper y hacer trizas del concepto filosófico (idealista o materialista mecánico) de sujeto abstracto cognoscente.

Por esto, la concepción marxista de la relación entre materia y espíritu, naturaleza y hombre, objeto y sujeto no se confunde con en el punto de vista materialista tradicional y representa un vuelco radical de la filosofía; un rompimiento definitivo con todo pensamiento anterior; una superación definitiva y dinámica (en el sentido en que apunta no hacia un sistema filosófico cerrado, sino hacia una tarea constante de conocimiento) con el punto de vista metafísico que había predominado hasta entonces en el pensamiento filosófico. Y es por esto que la primera tesis sobre Feuerbach establece, con una fuerza especialmente revolucionaria, la radicalidad del proyecto teórico de Marx y Engels:

“La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa (Gegenstand), la realidad, lo sensible, bajo la forma del objeto (Objekt) o de la contemplación (Anschauung), no como actividad humana sensorial, como práctica; no de un modo subjetivo. De ahí que el lado activo fuese desarrollado de un modo abstracto, en contraposición al materialismo, por el idealismo, el cual, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal. Feuerbach aspira a objetos sensibles, realmente distintos de los objetos conceptuales, pero no concibe la actividad humana misma como una

actividad objetiva (Gegenständliche). Por eso, en la esencia del cristianismo, sólo se considera como auténticamente humano el comportamiento teórico, y en cambio la práctica sólo se capta y se plasma bajo su sucia forma judía de manifestarse. De ahí que Feuerbach no comprenda la importancia de la actividad ‘revolucionaria’, de la actividad ‘crítico-práctica’.”

La postura materialista dialéctica rompe así con el concepto de *verdad* que se definía como la adecuación del sujeto (el que conoce) con el objeto, vistos ambos estáticamente. Por este camino la filosofía se ha enredado en una polémica interminable pues sus términos mismos estaban equivocados. Después de Kant, sobre todo, se llevó hasta el final las disyuntivas metafísicas abstractas que resultan de estas categorías que crearon lo que podríamos llamar un criticismo trascendental que no partía de ningún compromiso con el ser. Y se hizo necesario fundar una metafísica en base a un agnosticismo radical respecto a la existencia de la verdad y del propio mundo exterior. Hegel había restituido a la filosofía su confianza en la verdad al transformar la conciencia en un ente histórico y a la realidad en su expresión. Pero este idealismo radical, aunque dialéctico, había llevado a Hegel a un mundo de verdades absolutas encerradas sobre sí mismas y negaba así radicalmente su propio punto de arranque histórico y lógico.

Al afirmar radicalmente su concepción como un materialismo dialéctico radical que permitía situar la verdad en la historia, como producto de un ente histórico, social y naturalmente determinado, Marx y Engels rompen radicalmente con el concepto metafísico de verdad, tal como se refleja en la segunda Tesis sobre Feuerbach:

“El problema de si se puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealidad del pensamiento – aislado de la práctica – es un problema puramente escolástico.”

Este radicalismo histórico, materialista y dialéctico, asegura a Marx y Engels una coherencia absoluta en su razonamiento y en los efectos políticos (activos, concretos) de sus planteamientos. No es en la lucha en contra de las ideas que subyugan los hombres que estos encontrarán su liberación, tal como proponían los filósofos neo hegelianos. Solamente la lucha política concreta – que opera sobre una sociedad en constante mutación de sus bases productivas y de las relaciones sociales en que se apoya – permitirá cambiar esa sociedad por otra superior. Pero este no es el resultado de simples ideales humanos – tal como concebían los socialistas utópicos, que reflejaban las limitaciones de las fases iniciales de la contestación obrera – sino que es un producto de las propias contradicciones internas del modo de producción capitalista. Estas contradicciones crean las condiciones objetivas para su propia superación histórica, al mismo tiempo en que ellas crean los sujetos de estas transformaciones.

Y estas contradicciones tienen su origen en la forma o modo por el cual se articulan en esta sociedad dos fenómenos complementarios: la apropiación humana de la naturaleza (el proceso de producción de valores de uso según una determinada forma de articulación de las fuerzas productivas propias del modo de producción capitalista) y las relaciones de producción que los hombres establecen entre sí para asegurar, desarrollar y extender este proceso de apropiación.

El próximo paso de nuestra reflexión es, pues, el estudio de la manera como se presenta para Marx y Engels la relación básica entre el hombre y la naturaleza.

II. Hombre y Naturaleza

En los textos que venimos estudiando, Marx y Engels entregan también su concepción más elaborada sobre la relación entre el hombre y la naturaleza.

Nuestros autores rompen definitivamente con una concepción mecanicista de esta relación al declarar, en una versión suprimida del texto original, pero de grandes implicaciones teóricas:

“Reconocemos solamente una ciencia, la ciencia de la historia. La historia, considerada desde dos puntos de vista, puede dividirse en la historia de la naturaleza y la historia de los hombres. Ambos aspectos, con todo, no son separables: mientras existan hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionarán recíprocamente”. (La Ideología Alemana, edición citada, p. 676).

De esta manera, podemos ver como Marx y Engels afirman radicalmente la unidad dialéctica entre hombre y naturaleza que se expresa en la relación doble que se desarrolla en la historia, en la cual la naturaleza crea al hombre como un ente natural capaz no sólo de modificarla según sus objetivos inmediatos sino también de someter su actividad de transformación de la naturaleza a un plan previamente establecido en su cabeza y en la sociedad, tal como lo vemos en *El Capital* de Marx:

“Una araña ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero, hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero; es decir, un resultado que tenía ya existencia ideal. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que, al mismo tiempo, realiza en ella su fin, fin que él sabe que sigue como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad”.

En este sentido el hombre realiza una humanización de la naturaleza al someterla a sus propios fines. Esto se puede observar con mayor riqueza en el debate de Marx y Engels en contra de la concepción idealista de la relación hombre-naturaleza:

“Por lo demás, en esta concepción de las cosas tal y como realmente son y han acaecido, todo profundo problema filosófico se reduce a un hecho empírico puro y simple. Así, por ejemplo, el importante problema de

las relaciones entre el hombre y la naturaleza (o, incluso, como dice Bruno – pág. 110 –, las “antítesis de naturaleza e historia”, como si se tratase de dos “cosas” distintas y el hombre no tuviera siempre ante sí una naturaleza histórica y una historia natural), del que han brotado todas las “obras inescrutablemente altas” sobre la “sustancia” y la “autoconciencia”, desaparece por sí mismo ante la convicción de que la famosísima “unidad del hombre con la naturaleza” ha consistido siempre en la industria, siendo de uno u otro modo según el mayor o menor desarrollo de la industria en cada época, lo mismo que la “lucha” del hombre con la naturaleza, hasta el desarrollo de sus fuerzas productivas sobre la base correspondiente. La industria y el comercio, la producción y el intercambio de las necesidades de la vida se condicionan por su parte y se hallan, a su vez, condicionadas en cuanto al modo de funcionar por la distribución, por la organización de las diversas clases sociales; y así se explica por qué Feuerbach, en Manchester por ejemplo, sólo encuentra fábricas y máquinas, donde hace unos cien años no había más que ruedas de hilar y telares movidos a mano, o que la Campagna di Roma, donde en la época de Augusto no habría encontrado más que viñedos y villas de capitalistas romanos, sólo haya hoy pastizales y pantanos. Feuerbach habla de la concepción de la ciencia de la naturaleza, cita misterios que sólo se revelan a los ojos del físico y del químico, ¿pero qué sería de la ciencia natural, a no ser por la industria y el comercio? Incluso esta ciencia natural “pura” adquiere tanto su fin como su material solamente gracias al comercio y a la industria, gracias a la actividad sensible de los hombres. Y hasta tal punto es esta actividad, este continuo laborar y crear sensibles, esta producción, la base de todo el mundo sensible tal y como ahora existe, que si se interrumpiera aunque sólo fuese durante un año, Feuerbach no sólo se encontraría con enormes cambios en el mundo natural, sino que pronto echaría de menos todo el mundo humano y su propia capacidad de concepción y hasta su propia existencia. Es cierto que queda en pie, en ello, la prioridad de la naturaleza exterior y que todo esto no es aplicable al hombre originario, creado *generatio aequivoca*, pero esta diferencia sólo tiene sentido siempre y cuando se considere al hombre como algo distinto de la naturaleza. Por lo demás, esta naturaleza anterior a la historia humana no es la naturaleza en que vive Feuerbach, sino una naturaleza que, fuera tal vez de unas cuantas islas coralíferas australianas de reciente formación, no existe ya hoy en parte alguna, ni existe tampoco, por tanto, para Feuerbach”.

Pero, al mismo tiempo en que el hombre ha cambiado la naturaleza a través del trabajo, de su acción objetiva sobre ella, el hombre se ha transformado a sí mismo, se ha naturalizado al adecuar su propio organismo, su cerebro, sus brazos, sus manos a las necesidades de la producción y al someterse a una disciplina que tiene su origen en su conocimiento creciente de la naturaleza exterior y de su propia naturaleza. En la definición del trabajo que hace Marx en *El Capital* se destaca claramente este fenómeno (que Serge Moscovici desarrolla brillantemente al superar una historia natural del hombre por una historia humana de la naturaleza):

“El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza. En este proceso, el hombre se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina.”

El hombre se separa de los otros animales precisamente en el momento en que empieza a producir y reproducir sus condiciones de vida, en que desarrolla las potencias no sólo de su propio organismo sino también de los instrumentos que él crea para ampliar la potencia de sus manos y sus brazos. Ese dominio progresivo sobre los medios del trabajo va liberando al hombre de las limitaciones que le imponía la naturaleza exterior con la cual se sentía orgánicamente identificado y va elaborando un nuevo modo de relación con ella al irse apropiando de sus características menos aparentes para someterla a su voluntad que se va clasificando en fines, objetivos y necesidades cada vez más definidas. Karl Kautsky ya señalaba con bastante nitidez este proceso histórico:

“Con la producción de los medios de producción da comienzo el paso del hombre-animal al hombre, mediante el cual éste se desprende del resto del mundo animal para fundar su reino, un reino con un tipo particular de desarrollo, completamente desconocido para el resto de la naturaleza y sin nada que se le pueda parangonar en ella.

Mientras el animal produce con los órganos de que lo dotó la naturaleza o utiliza solamente instrumentos que la naturaleza le da, no puede ir más allá de los medios que la naturaleza pone a su disposición. Su desarrollo sólo tiene lugar de manera que su organismo se desarrolla, y sus órganos se transforman, incluido el cerebro: proceso lento e inconsciente, realizado por la lucha por la existencia, que en modo alguno puede acelerar el animal con su actividad consciente.”

Es en este sentido que el proceso de desarrollo histórico del hombre puede y de hecho asume un carácter acumulativo. Cada nueva generación se encuentra con las condiciones materiales dejadas por las generaciones anteriores, y con un conjunto de procedimientos para utilizar estas condiciones materiales. La dialéctica entre herencia y transformación gradual o revolucionaria de esas condiciones ya se anuncia en el hecho mismo de este proceso acumulativo, pero sus leyes son muy complejas. Antes de pasar a esta estructura que Marx describió sobre todo en el prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* es importante entender

como Marx y Engels describían en 1846 la dialéctica de la historia. Esta se presenta como una sucesión de generaciones y una recuperación de herencias. Si bien que estas herencias vinculan nuestros valores a los que criaron nuestros antepasados, de ninguna forma esto nos permite concebir la historia como la realización de un plan pre-determinado, sino como un acto de libertad humana. Libertad que se expresa exactamente en este proceso de apropiación acumulativa de la naturaleza por los hombres que van recreando la naturaleza a través de formas sucesivas (acumulativas, evolutivas) de su desarrollo. De esta manera, la humanidad se va recreándose a sí misma teniendo como base estas nuevas etapas de su dominio sobre la naturaleza y va produciendo y reproduciendo las relaciones sociales, las instituciones, las ideas que permiten su desarrollo. Nos dicen Marx y Engels en *La Ideología Alemana*:

“La historia no es sino la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas productivas transmitidas por cuantas la han precedido; es decir, que, por una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que, por otra parte, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad totalmente diversa, lo que podría tergiversarse especulativamente, diciendo que la historia posterior es la finalidad de la que la precede, como si dijésemos, por ejemplo, que el descubrimiento de América tuvo como finalidad ayudar a que se expandiera la Revolución Francesa, interpretación mediante la cual la historia adquiere sus fines propios e independientes y se convierte en una “persona junto a otras personas” (junto a la “autoconciencia”, la “crítica”, el “único”, etc.), mientras que lo que designamos con las palabras “determinación”, “fin”, “germen”, “idea”, de la historia anterior no es otra cosa que una abstracción de la historia posterior, de la influencia activa que la anterior ejerce sobre ésta.”

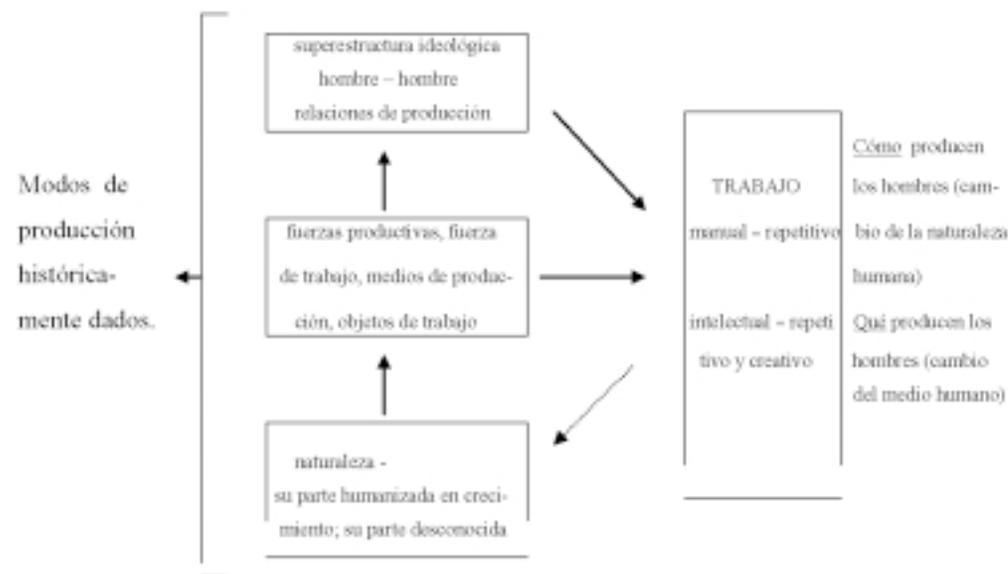
Llegamos así a una primera aproximación de la relación entre hombre y naturaleza en la cual el hombre va cambiando sus propias relaciones humanas a medida que cambia la naturaleza según el trabajo.

ESQUEMA 1

Pero estos planteamientos generales necesitan un estudio más detallado para hacer más específico este movimiento general de la historia que no puede, como vimos, concebirse como el resultado de un proyecto extra histórico, como una realización material de un orden o un fin o una idea que la precede, so pena de introducir el idealismo por la puerta de atrás.

ESQUEMA 1

Primera aproximación a la relación
hombre-naturaleza y hombre-hombre
a través del trabajo



- = Relación de determinación (el hombre como ente natural según las condiciones históricas determinadas de apropiación de la naturaleza).
- = Relación de condicionamiento (el hombre es un ente productor, que somete la naturaleza a sus fines históricamente dados. Pero estos fines dependen de los modos de producción y de vida existentes).

III - Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción

Vemos por tanto que una visión correcta de la historia tiene que integrar los dos procesos simultáneos: la apropiación de la naturaleza por el hombre y las relaciones que los hombres establecen entre sí para producir los recursos históricamente necesarios para su supervivencia y su vida.

Pero el hombre no se enfrenta a la naturaleza solamente con sus órganos naturales. Él se ha distinguido de los otros animales precisamente debido a su capacidad de crear instrumentos de producción que, con la ayuda de su cerebro más desarrollado, le permitieron aumentar muchas veces su poder de transformación de la naturaleza para someterla a sus propios fines humanos.

La gran descubierta de Marx ha sido precisamente la de encontrar esta base material del desarrollo del hombre, tanto como ser "natural" cuanto como ser "cultural". La cultura humana se transformó en una nueva etapa de la naturaleza misma, hoy totalmente transformada por el trabajo humano.

Es por esto que el materialismo histórico empieza con una premisa absolutamente necesaria para comprender el sentido del proceso histórico: la de que el desarrollo de las fuerzas productivas es la base material en la cual descansan las relaciones de producción y todo el edificio supra estructural de las formaciones sociales concretas.

En el prólogo a la *Crítica de la Economía Política*, después de explicar el camino que lo llevó del estudio del cerebro y del Estado, a la comprensión de la sociedad civil como su fundamento y, a continuación, de la estructura económica como la anatomía de la sociedad civil, Marx afirma:

"en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un *grado* determinado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales" (véase la edición de la Editorial Nacional, México, 1974, p.7, el énfasis es mío).

Queremos llamar la atención en este texto sobre dos aspectos:

En primer lugar, Marx afirma que las relaciones que establecen los hombres entre sí para producir sus propios medios de existencia no son casuales o fortuitas, ni son el resultado de su deseo, sino que son el producto de una determinación. Con esto, Marx afirma que las relaciones de producción históricamente dadas no pueden ser definidas como una idea, sino que son un fenómeno real, concreto que nace de las determinaciones a que están sujetos los hombres concretos.

En segundo lugar, Marx establece una relación de correspondencia entre las relaciones de producción y el *grado* de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de que dispone la sociedad. Esta correspondencia tiene un doble sentido, como lo veremos a continuación, pues no solamente no es posible la existencia de ciertas relaciones de producción si no existe una base material que le corresponda, sino que, por otro lado, las fuerzas productivas desarrolladas por una sociedad pueden ya ser demasiado anchas para determinadas relaciones de producción. De esta manera, las fuerzas productivas exigen (determinan) ciertas relaciones de producción, así como las relaciones de producción ejercen una influencia (un condicionamiento) sobre las fuerzas productivas cuyo pleno desarrollo sólo puede producirse cuando se rompen las trabas impuestas por las relaciones de producción ya superadas donde surgieron de manera incipiente y se impulsa su desarrollo a partir de las relaciones de producción nuevas o superiores.

Esta base material en que se apoya la sociedad (fuerzas productivas y relaciones de producción) es la fuente de su representación cultural, institucional, organizativa, la cual forma la "superestructura" espiritual, cultural, moral, intelectual de esta sociedad. Así lo define Marx en el mismo texto:

"El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales *determinadas* de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que *determina* su conciencia" (op. cit, p.7).

La relación de determinación aparece pues bien definida. La apropiación humana de la naturaleza a través del trabajo es la que crea las experiencias sensibles, las actividades teleológicas, la producción material, de las cuales arranca el pensamiento y que son la materia prima de su actuación. Y Marx muestra como este proceso de apropiación material es, al mismo tiempo, un proceso social: un proceso inmediatamente social. Y es la estructura económica (que vincula las fuerzas productivas y las relaciones de producción en una unidad

sistémica, necesaria, con un determinado grado de correspondencia) la que sirve de fundamento al desarrollo de la superestructura social que la refleja, la justifica y la mantiene en funcionamiento.

Pero es necesario señalar aquí dos elementos:

Primero: el hecho de que exista una relación dialéctica de determinación (de precedencia lógica, causal, histórica y material) de la base material sobre la institucional, la política y la cultural, esto no significa que estas sean totalmente o mismo fundamentalmente pasivas. Afirmar esto nos llevaría a eliminar totalmente la dialéctica de esas relaciones, condenarlas al estancamiento y producir un determinismo mecánico (pré-dialéctico) que Marx y Engels rechazaban definitivamente. Precisamente porque estas superestructuras están determinadas por la base material económica ésta pasa a depender de aquellas. La superestructura actúa sobre la base material y no sólo la modifica sino que es *una condición necesaria* de su existencia, en la medida en que la complementa y la hace funcionar.

Segundo: esta necesaria relación de correspondencia entre los elementos señalados (fuerzas productivas y relaciones de producción que forman la estructura económica) y de esta estructura con la superestructura no debe ser vista por lo tanto como una correspondencia permanente, constante y estática. Por el contrario, exactamente porque hay una relación de determinación, de causalidad histórica y lógica entre ellos y, al mismo tiempo, porque esta causalidad exige de la realidad causada una interacción que permita la existencia y el funcionamiento de las fuerzas causantes, se produce una relación de *no correspondencia* entre estas fuerzas concretas en la historia.

Esta no correspondencia nace de tres razones:

1º) porque hay que suponer un proceso **genético** en el cual las fuerzas productivas plantean la necesidad de determinadas relaciones de producción y la estructura económica demanda, exige el desarrollo de determinadas formas superestructurales que todavía no existen

2º) porque hay que suponer períodos o fases en las cuales la correspondencia sí se establece, provocando una situación de relativo equilibrio de estos elementos estructurales de las formaciones sociales concretas (situación

próxima de los clasicismos), hay que suponer también que esta correspondencia está constantemente amenazada: por las dinámicas distintas de estos tres elementos; por las sobrevivencias de formas materiales y culturales de las formaciones sociales anteriores; por la precariedad de toda etapa de dominio del hombre sobre una naturaleza que no se reduce a los instrumentos que él dispone para dominarla y que, por lo tanto, está amenazando constantemente la sobrevivencia de las fuerzas productivas existentes.

De esa manera, en cada una de esas etapas clásicas, el aparente equilibrio y la correspondencia entre las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura jurídico-política-ideológica no son más que formas ilusorias de estabilidad. En contra de ellas, se rebelan las fuerzas materiales concretas y la fuerza del espíritu humano que no se acomoda a ninguna situación como definitiva. No hay por lo tanto una situación perfecta que satisfaga las necesidades humanas, en la cual se apoyaría esta estabilidad siempre relativa.

3º) la propia precariedad de las formas concretas de dominio de la naturaleza por la humanidad, las contradicciones de clase inherentes a cada forma concreta de producción posterior al comunismo primitivo y solo posiblemente superable por un mundo post capitalista, plantean la necesidad de producir formas cada vez más desarrolladas de dominio de la naturaleza, la cual se muestra siempre inaprehensible para el hombre.

Además, el desarrollo de estas nuevas formaciones sociales es facilitado por los avances ideológicos y materiales de los períodos de equilibrio y correspondencia relativa. Estos avances rebasan las condiciones materiales existentes y llevan adelante la imaginación humana estimulando un gran progreso de las fuerzas productivas y generando nuevos desequilibrios y bosquejos de nuevas relaciones sociales, las cuales generan situaciones de no correspondencia (románticas, revolucionarias, reformistas).

En la medida en que el desarrollo de esas fuerzas productivas crea un agente social capaz de expresar las nuevas necesidades humanas que nacen de las condiciones anteriores, se plantea una necesidad y una posibilidad histórica de resolver estas nuevas contradicciones.

De esta forma, la ley de la correspondencia necesaria entre fuerzas productivas y relaciones de producción y de éstas con la superestructura sólo se materializa en un estado de correspondencia efectiva, si bien que relativa, en ciertos períodos históricos determinados.

Pero la ley opera en los tres períodos señalados: en el primero, al obligar a las relaciones de producción y a la superestructura a establecer una correspondencia, aún en proceso de constituirse, con las fuerzas productivas ya en desarrollo; en la segunda, al producir un equilibrio relativo entre fuerzas productivas, relaciones de

producción y superestructura que sólo se desequilibra porque esta correspondencia no resuelve los problemas del dominio del hombre sobre la naturaleza, ni tampoco los antagonistas de clase inherentes a las varias formaciones históricas concretas; en la tercera, al exigir una resolución a través de un modo de producción nuevo. Se crea por lo tanto una nueva situación de no correspondencia generada por el avance de las fuerzas productivas en el período de equilibrio relativo que conduce a nuevas fases revolucionarias o reformistas en búsqueda de una formación social superior.

Es así que podemos entender el texto de Marx en el prólogo ya señalado, al poner en movimiento las categorías que presentara al principio como una estructura aparentemente estable, Marx continúa su discurso:

“Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces”. (op.cit., p.7)

Y se produce en consecuencia una no correspondencia desde el punto de vista de las nuevas fuerzas productivas que se han generado:

“De formas evolutivas de las fuerzas productoras que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas”. (op.cit; .p.7)

Esta situación ya no corresponde ni a los cambios evolutivos de la primera etapa (período de reformas que permiten el pleno desarrollo de las fuerzas productivas) ni a las cristalizaciones aparentemente estables de la etapa clásica que hemos señalado. Ahora, la formación social sobrevive a costa de duras luchas en su contra, de avances revolucionarios y bloqueos contrarrevolucionarios. Es a esto que se refiere Marx, cuando prosigue su texto introduciendo la noción de una *era* revolucionaria:

“Entonces se abre una *era* de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura”.

Pero, no hay una ley que defina exactamente la rapidez con la cual las clases revolucionarias lograrán crear una base política y cultural capaz de generar el nuevo orden social. Seguramente, cada formación social define las posibilidades históricas de su superación. Pero el científico deberá determinar claramente esta situación objetiva para entender el significado de los momentos revolucionarios que se plantean en esta era de revolución social:

“Al considerar tales trastornos importa siempre distinguir entre el trastorno material de las condiciones económicas de producción que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven” (op. cit., págs. 7 y 8)

Y, a continuación, Marx repite la definición metodológica que permite fundamentar el materialismo histórico como ciencia:

“Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época de trastorno por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario, explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productoras sociales y las relaciones de producción”. (op. cit. p. 8)

Pero Marx advierte, a continuación, contra todo voluntarismo que pretenda resolver estas contradicciones materiales sea a través de su conocimiento teórico, sea a través de la decisión revolucionaria. El proceso revolucionario sigue caminos tortuosos plagados de derrotas y victorias parciales de las clases revolucionarias. Las clases dominantes inauguran así un nuevo período de contrarrevolución y de reformas en la propia estructura de dominación y en su relación con las fuerzas productivas. Una formación social en decadencia tiene aún enormes reservas que le permite introducir nuevos avances en las fuerzas productivas y mantener así, en un proceso de lucha continua, plagado de enormes conflictos y catástrofes sociales, su dominación y la sobrevivencia del modo de producción en el cual se apoya esta dominación. Es por esto que Marx advierte:

“Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido encontradas en el seno mismo de la vieja sociedad”. (op. cit. p. 18)

Aquí se reafirma el determinismo económico de Marx, pero se perfila claramente su carácter dialéctico. No se trata de que se pueda constituir una sociedad superior a partir de la idea, de una propuesta subjetiva de una nueva forma de convivencia social. Se trata de que existan concretamente, en el seno de la sociedad en crisis, las bases de la sociedad nueva, lo que llevó a Engels a usar la imagen del parto para definir el proceso revolucionario. Pero el embarazo tiene leyes, y así también la historia. No se puede arrancar de la sociedad en crisis un ser superior antes que él haya madurado lo suficiente. Por lo tanto, la cuestión de la posibilidad de la revolución depende de un análisis concreto de situaciones históricas concretas.

Pero, el simple hecho de que exista una situación revolucionaria genera la posibilidad y la necesidad de que exista la voluntad revolucionaria cuya efectividad histórica, esta sí, dependerá de otros factores que no son directamente económicos. Dependerá de factores subjetivos, de organización, de desarrollo ideológico, de capacidad de sus liderazgos, etc.

El determinismo que incita a la revolución no es capaz de resolverla por sí mismo, sino que depende de otros niveles de determinación, entre los cuales cuenta sobre todo la creatividad humana, es decir, de líderes e instituciones (partidos, frentes, movimientos) capaces de apropiarse práctica y teóricamente de su propia realidad. Pero esta creatividad sólo se realiza sobre la base de una situación material que permite su acción. Por esto Marx encierra este momento de su discurso teórico-categorial al sostener a continuación:

“Por esto (porque la nueva sociedad tiene que haber ya madurado en la vieja sociedad – nota mía) la humanidad no se propone nunca más que los problemas que ella puede resolver, pues, mirando de más cerca se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir”. (op. cit. p. 8)

El análisis científico se desplaza, pues, hacia el campo del estudio de las situaciones históricas concretas y las categorías más abstractas no nos permiten resolver *a priori* el problema de las leyes concretas que llevan al cambio revolucionario de una formación social a otra. La ley de la correspondencia entre fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura sólo tiene sentido como guía para el análisis de las situaciones históricas concretas.

IV. Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción en el Capitalismo

Los elementos teóricos que analizamos hasta el momento demuestran que no se puede imaginar un desarrollo "neutral" de las fuerzas productivas. Como vimos, ese desarrollo se realiza en una vinculación inmediata con ciertas y determinadas relaciones de producción que tanto son determinadas por las fuerzas de producción como también actúan sobre ellas. Un determinado desarrollo de las fuerzas productivas sólo es compatible con un determinado modo de producción. Esto no significa, sin embargo, que un modo de producción nuevo no pueda surgir apoyándose en las estructuras materiales creadas por el modo de producción que lo antecede. De hecho, en las formaciones sociales históricas concretas es así como se produce la transición de un modo de producción al otro.

Es de gran importancia, para el entendimiento de este problema el análisis de Marx sobre la subsunción *formal* y la subsunción *real* en el surgimiento histórico del capitalismo.

Al analizar el desarrollo de la concentración y cooperación entre los trabajadores en el proceso de producción en algunas ramas como la minería y la construcción vial existentes ya en las formas de producción pre capitalistas, Marx señala como "el capital no crea la acumulación y concentración de los obreros, sino que las adopta". "La forma más simple y la más independiente de la división del trabajo es aquella en que el capital ocupa a diversos tejedores e hilanderos manuales autónomos y dispersos en sus viviendas. (Esta forma subsiste aún al lado de la industria). Consiguientemente el propio modo de producción todavía no está determinado por el capital, sino que éste lo encuentra como previamente existente". Los trabajadores se concentran como trabajadores individuales unidos por el capital. "Por tanto su asociación a través del capital no es más que formal y se refiere sólo al producto del trabajo, no al trabajo mismo" (Karl Marx, *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política* "Borrador" 1857-1858, vol. 2, Siglo XXI Editora, México, ps. 87 y 88).

Solamente con la manufactura, el capital empieza a modificar las condiciones de producción al concentrar los trabajadores en un local de trabajo bajo su control y vigilancia. A partir de ahí puede imponerles una división del trabajo que todavía se apoya, sin embargo, en la destreza individual de los trabajadores. Solamente la gran industria crea las modificaciones para la *subsunción real* del trabajo en el capital y permite que se instaure completamente el modo de producción capitalista.

“Sobre esta base (la subsunción formal), empero, se alza un modo de producción no sólo tecnológicamente específico que metamorfosea la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo de producción capitalista. Tan sólo cuando éste entra en escena se opera la subsunción real del trabajo en el capital” (Karl Marx, *El Capital*, Libro 1, capítulo VI (Inédito) Siglo XXI, México, p. 72)

En conclusión:

Para que se generalice la relación capitalista, están presupuestos un nivel histórico y una forma de la producción social. Es menester que se hayan desarrollado, en el marco de un modo de producción precedente, medios de circulación y de producción, así como necesidades, que acucien a superar las antiguas relaciones de producción y a transformarlas en la relación capitalista asalariada. Necesitan, empero, estar tan desarrolladas como para que se opere la subsunción real del trabajo en el capital. Fundándose en esta relación modificada se desarrolla de manera “espontánea” un modo de producción específicamente transformado que por un lado genera nuevas fuerzas productivas materiales, y por otro no se desarrolla si no es sobre la base de éstas, con lo cual crea de hecho nuevas condiciones reales para su existencia.

Con las fábricas modernas y con el sistema de fábricas se inicia así una revolución económica total que, por una parte, produce por vez primera las condiciones reales para la hegemonía del capital sobre el trabajo, las perfecciona y les da una forma adecuada. Por la otra parte, genera en las fuerzas productivas del trabajo, en las condiciones de producción y en las relaciones de circulación desarrolladas por ella, las condiciones materiales de un nuevo modo de producción que eliminará la forma antagónica del modo capitalista de producción y crea, al mismo tiempo, la base material de un proceso de la vida social conformado de manera nueva y, con ello, de una formación social nueva de transición (el socialismo) y un modo de producción nuevo (el comunismo).

Es ésta una concepción esencialmente diferente de la sostenida por los economistas burgueses, enredados en los límites de las relaciones capitalistas de producción, quienes ven, sin duda, cómo se producen ciertos fenómenos dentro de las relaciones capitalistas, pero no cómo se producen estas relaciones mismas, ni cómo, al mismo tiempo, se producen en ellas las condiciones materiales de su superación. De esta manera, los economistas burgueses suprimen el análisis de las condiciones históricas que dieron origen al capitalismo como forma posible y necesaria del desarrollo económico y de la producción de la riqueza social. En consecuencia, suprimen al mismo tiempo la necesidad teórica de su superación. Para ellos, la economía capitalista es “la economía” que si no existió plenamente siempre esto se debe a ciertas instituciones que lo impidieron.

Marx y Engels nos muestran, por el contrario, no solamente cómo se produce el capital en la sociedad

capitalista, sino cómo él mismo se creó en un largo proceso histórico y cómo, cuando surge como proceso productivo, se va haciendo diferente de cuando se inició. Por una parte, el capital le da forma al modo de producción; por la otra, a partir de cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas materiales él se va transformando en la medida en que se constituye como la base y la condición – la premisa – de su propio desenvolvimiento. Es así como, en su análisis del modo de producción capitalista puro, prevé el surgimiento y desarrollo necesario de los monopolios, las sociedades anónimas, el capitalismo de Estado, el imperialismo, etc. temas que la ciencia oficial hasta hoy no logra comprender y mucho menos ecuacionar teóricamente.

El brillante análisis que se encuentra en el capítulo VI, inédito, del *Capital* nos muestra como la correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción se desarrolla en un proceso dialéctico en el cual la lucha por dominar la naturaleza y la lucha por dominar otros hombres se complementan en una misma historia, pero, a partir de situaciones distintas y a través de una relación compleja.

Las tendencias generales que sigue históricamente la tecnología en el cuadro de un modo de producción responden a dos determinantes fundamentales:

El dominio del hombre sobre la naturaleza y el dominio del hombre sobre el hombre para alcanzar este resultado. El primer aspecto se refiere al desarrollo de las fuerzas productivas y el segundo a las relaciones de producción.

No se puede imaginar históricamente un desarrollo “neutral” de las fuerzas productivas que no esté intrínsecamente ligado a las relaciones de producción existentes. Pero es imposible también imaginar unas relaciones de producción que no estén ligadas intrínsecamente a un determinado desarrollo de las fuerzas productivas. La dialéctica revolucionaria entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción sólo es posible porque son dos realidades relativamente autónomas, pero intrínsecamente ligadas entre sí por el modo de producción y las formaciones sociales.

Si el desarrollo de las fuerzas productivas fuese neutral y completamente independiente de las relaciones de producción, como insinúa un cierto determinismo tecnológico, no sería posible que estas últimas se trasformasen en obstáculos al avance de las fuerzas productivas pues éste seguiría su lógica interna de manera independiente. Las relaciones de producción se convierten en un obstáculo histórico al desarrollo tecnológico precisamente porque lo condicionan y hasta lo determinan.

Por otro lado, si las relaciones de producción determinasen de manera absoluta las fuerzas productivas y éstas no tuviesen una autonomía relativa, condicionada por razones técnicas que escapan al dominio de las relaciones sociales, no habría una dialéctica revolucionaria entre las dos y el desarrollo de las fuerzas productivas no sería un acicate a la revolución y a la transformación radical de las relaciones de producción.

La tesis pretendidamente revolucionaria – pero de hecho funcionalista – que subordina de manera absoluta el desarrollo de las fuerzas productivas a las relaciones de producción conduce necesariamente al subjetivismo y al voluntarismo izquierdista, mientras la acentuación de la autonomía de la tecnología conduce al reformismo y al conformismo político.

El vínculo entre el determinismo tecnológico y el reformismo político se establece porque ambos disminuyen el papel de las transformaciones socio-políticas y de las relaciones de producción como factor condicionante del desarrollo tecnológico. En consecuencia, la revolución socialista se presenta como un proceso histórico de adaptación evolutiva de la sociedad a los cambios efectuados en el régimen productivo. La vinculación entre el determinismo social y el voluntarismo político se evidencia porque ambos desvinculan la lucha de clases del proceso de apropiación de la naturaleza y olvidan así los condicionamientos que éste impone al proceso social.

En consecuencia, para un enfoque voluntarista la revolución aparece como un resultado directo de la lucha de clases. Ella sería consecuencia particularmente de la conciencia y voluntad de la clase revolucionaria, o del sujeto revolucionario (el partido, el liderazgo, etc) sin ninguna limitación económica que impida o mediatice tal conciencia y obligue a repliegues y ajustes tácticos y estratégicos. La dialéctica – como lo señala Lenin – es la negación de la visión unilateral del proceso histórico, sólo hay dialéctica cuando este es visto en todas sus determinaciones, en la complejidad del universo concreto. Por esto, ambas visiones son erradas y desvían el pensamiento y la práctica de su camino correcto y posiblemente exitoso.

Apéndice: Sobre el problema fuerzas productivas y relaciones de producción en el debate contemporáneo.

Nunca está de más releer, como lo hicimos en el capítulo anterior, el texto clásico de Marx del Prólogo a la *Contribución* que ha dado origen a un debate exasperado en el marxismo. Algunos autores consideran este texto una expresión de determinismo económico y tecnológico; Véase la ofensiva de la corriente de pensamiento que se autodenominó “maoísta” y que, inspirada en ciertos aspectos de la llamada “revolución cultural” que se desarrolló en China, tuvo por objetivo negar la autonomía relativa del desarrollo de las fuerzas productivas. Podemos encontrar esta tendencia en los libros de A. D. Magaline, *Lutte de Classes et Dévalorisation du Capital – Contribution a la Critique du Révisionnisme*, Ed. Maspero, Paris, 1975; Manuel Janco y Daniel Furjot, *Informatique et Capitalisme*, Ed. Maspero, Paris, 1972; Benjamín Coriat, *Science, Technique et Capital*, Ed. du Seuil, Paris, 1976; Harry Braverman, *Capitalismo Monopolista y Trabajo*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1976.

La condensada síntesis teórica realizada en el presente ensayo corresponde rigurosamente al pensamiento marxista sobre las relaciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y permite articular los trabajos incompletos de Marx en una visión coherente y sistemática del proceso histórico.

Esta no es la visión que se presenta en la polémica iniciada por el pensamiento “maoísta” europeo y norteamericano que se definió en contra de la autonomía relativa del desarrollo de las fuerzas productivas. Para los “maoístas” las fuerzas productivas son siempre una expresión del modo de producción existente. Y particularmente de la lucha de clases. No hay lugar en este planteamiento para las leyes específicas del proceso de apropiación de la naturaleza, ni para las contradicciones que genera con las relaciones de producción.

A. D. Magaline, por ejemplo, se dedica, en el libro citado, a “resolver” las ambigüedades que su visión funcionalista-estructuralista del método científico encuentra en la obra de Marx y plantea claramente la tesis: “Las fuerzas productivas están determinadas en su naturaleza y en su tipo de desarrollo por las relaciones de producción dominantes y por la lucha de clases que estas relaciones condicionan.” (op. cit., p.52). En consecuencia, no hay una autonomía relativa de las fuerzas productivas como lo sugieren los textos “precientíficos” de Marx. La lucha por la apropiación de la naturaleza y las determinaciones que ella produce sobre el desarrollo de los medios de producción, la división del trabajo, las formas de propiedad, etc., no tienen ningún papel en la revolución. Esta es un producto puro de la lucha de las clases sociales. ¿Y por qué luchan esas clases?

El resultado de esta visión idealista de la lucha de clases es un sociologismo que transforma la lucha de clases no en un enfrentamiento entre representantes de modos de producción distintos, que luchan por el control

del poder político en escala nacional, para hacer avanzar el dominio del hombre sobre la naturaleza en una escala planetaria, sino en un enfrentamiento entre los pobres y los ricos, entre los explotados y los explotadores.

La clase revolucionaria, el proletariado, en vez de aparecer como un representante del futuro aparece como un grupo social que reafirma su pobreza y que pretende incluso comprobar la superioridad de una tecnología de la pobreza sobre la gigantesca liberación de las capacidades productivas que realiza el capitalismo moderno. Las desastrosas consecuencias políticas de esta postura reaccionaria travestida de ultraizquierdismo son hoy día conocidas al llevar a China a un peligroso retroceso tecnológico, económico, ideológico y político interno y a un aislamiento internacional del cual pretendió salir con una alianza (por la primera vez planteada por un país socialista) con la derecha antisoviética mundial.

Una vez más en la historia, el ultrismo (y no el radicalismo, dígame de paso) izquierdista se identifica con su esencia pequeño-burguesa esencialmente reaccionaria y se transforma en derechismo militante. Los anarquistas rusos pasaron de las aventuras "radicalizadoras" de la revolución rusa al terrorismo y a las rebeliones como la de Cronstadt, en alianza con los mencheviques y la derecha rusa y, por fin, al más ciego antisovietismo. Varias fracciones trotskistas norteamericanas que partían de una crítica pretendidamente de izquierda a la sociedad soviética (atacando la brillante crítica a la burocracia soviética de Trotsky que se vió obligado a enfrentarse a sus antiguos discípulos y sus desviaciones del marxismo) terminaron convirtiéndose en epígonos de la guerra fría. El idealismo no ha sido nunca un buen consejero ni para la comprensión de la historia, ni para la lucha política.

La fuerte llamada a la objetividad y al reconocimiento del determinismo económico del prólogo a la *Contribución*, si bien puede dar el origen a desviaciones reformistas como hemos señalado, por lo menos obliga a poner los pies en la tierra y evita otras aventuras a veces aún más peligrosas que los fracasos históricos del reformismo. Esta fue, por señal, la respuesta dada por la sociedad china en contra de los efectos peligrosos de la revolución cultural, al abandonar completamente la comprensión marxista del rol del desarrollo de las fuerzas productivas en la dinámica revolucionaria.

Más modernamente, el movimiento ambientalista generó también tendencias conservadoras en el análisis de la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales. En vez de situar la lucha en contra de la destrucción ambiental, promovida por el capitalismo, en el contexto de un avance del conocimiento e de las relaciones entre la humanidad y la naturaleza, se lanza en contra del aumento de la capacidad productiva de la humanidad, como si ella fuera la causa de la crisis ecológica global que vivimos en nuestros días. La redescubierta de unas relaciones fraternales y complementarias entre la humanidad y la naturaleza,

de un respecto a las exigencias ambientales de la naturaleza, a los sistemas ecológicos solo será posible con relaciones de producción superiores que permitan a la humanidad avanzar en el conocimiento del universo en sus dimensiones macro y micro. El avance del conocimiento y las exigencias crecientes de la humanidad para apropiarse cada vez más de las fuerzas naturales se chocan con una sociedad dividida en clases sociales. Las consecuencias negativas en el plano natural y social de la conservación de la propiedad privada de los medios de producción y de un mercado que en vez de auto regularse - como pretende la teoría económica oficial – genera el caos social y la libertad de acción para el monopolio, el aumento de la concentración de poder e ingreso, de un lado, y la pobreza y la exclusión social del otro. Mientras tanto la tesis del “estado mínimo” sirve de pantalla a un aumento de la protección del Estado a estas tendencias contra-revolucionarias que amenazan dramáticamente a toda la humanidad.

No podemos por lo tanto, dejarnos seducir por enfoques que en vez de hacernos avanzar buscan disminuir nuestra capacidad de detener los factores negativos que advienen de nuestra incapacidad de destruir un estado social, económico, político, ideológico, cultural que no puede absorber el enorme potencial de avance de las fuerzas productivas que conquistó la humanidad. Continuemos, por lo tanto, en nuestro análisis de las interacciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

V. Los Elementos Componentes de las Fuerzas Productivas

Marx y Engels jamás se dedicaron a realizar una lista de los elementos que componen las fuerzas productivas. Sin embargo, está claro que para ellos estos elementos formaban ciertas estructuras históricas y no deberían ser analizadas aisladamente sino en su articulación interna que correspondía a determinados grados de desarrollo. Además de esta visión evolutiva, es evidente también que en cada una de estas formas de producción predominan distintos aspectos de las fuerzas productivas que cumplen un papel ordenador de las mismas, según determinados principios.

Para analizar los elementos internos de las fuerzas productivas, tenemos que distinguir 4 grandes categorías analíticas que están presentes en el desarrollo del proceso del trabajo:

- a) La fuerza de trabajo que es el sujeto activo del proceso de producción
- b) El objeto del trabajo sobre el cual actúa esta fuerza de trabajo para obtener un bien útil
- c) Los medios de producción que utiliza esta fuerza de trabajo para transformar el objeto de trabajo
- d) Los elementos auxiliares, tales como la energía, los locales de trabajo, las materias primas auxiliares, etc.

Pasemos a analizar cada uno de estos elementos:

A) LA FUERZA DE TABAJO

Ya vimos que el proceso de trabajo se caracteriza por la producción de un resultado útil definido por el propio hombre y que sirve a sus propios fines o necesidades. De esta manera es inherente al concepto de fuerzas productivas la capacidad humana de proponer en su propia cabeza la obtención de un resultado dado. Esto significa la existencia de un plan de producción aunque en estado embrionario.

Sin embargo, desde la destrucción de la comunidad primitiva y la aparición de una organización social del trabajo, que se basa en una división social del trabajo que pasa a condicionar el acto individual del trabajador, se produce una separación entre el trabajo intelectual y el manual, que fundamenta las primeras formas de la división de clases.

La función de planear, de definir el objetivo del trabajo, escapa progresivamente del control del trabajador directo y se incorpora al propietario de los medios de producción, que la puede ejercer directamente o a través de una incipiente intelectualidad, compuesta de sacerdotes, arquitectos, astrónomos y burócratas.

Para que pudiese existir esta separación entre el trabajo manual y el intelectual fue necesario que se hubiera desarrollado las fuerzas productivas en el seno de la propia sociedad comunitaria para producirse un excedente económico suficiente que permitiese la existencia de un sector no dedicado directamente al trabajo productivo.

Al mismo tiempo, la aparición de una casta de nobles y guerreros permitió a la sociedad crear las condiciones más estables para la producción y la reproducción dentro de los principios productivos del período. Nobles, guerreros, sacerdotes, arquitectos y astrónomos se impusieron para organizar el trabajo de manera más intensiva, concentrada y cooperativa. Ellos buscaron prever el comportamiento de las condiciones climáticas, escoger las tierras adecuadas para la plantación, establecer sistemas de regadío, explorar los metales, organizar el intercambio de productos y crear los medios de producción de nuevos conocimientos, y sobretodo crear métodos de educación que permitiesen reproducir los conocimientos anteriormente alcanzados, etc. La ejecución sistemática de estas actividades permitió avanzar muchas veces las fuerzas productivas de estas sociedades.

Sin embargo, el bajo desarrollo de los otros elementos de las fuerzas productivas hacía de la fuerza de trabajo una parte esencial de la misma, confundida por el propietario de los medios de producción como un medio más entre otros (la tierra, los animales, las herramientas, etc.)

En este sentido, el desarrollo de las fuerzas productivas ha impulsado las relaciones de producción esclavistas y, posteriormente, las serviles. A través de estos sistemas de relaciones sociales que fundaron diversas formaciones sociales – muchas veces muy diferentes entre sí – lograron impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas en general, alcanzando niveles cada vez más altos de productividad y – consecuentemente - de generación de excedentes.

Podemos distinguir, entonces, varios elementos del proceso del trabajo y, al mismo tiempo, constatar que el desarrollo de estos elementos está profundamente asociado al *grado* de desarrollo de las fuerzas productivas que, dado su poder de dominación de la naturaleza, pone en evidencia uno u otro aspecto.

La separación entre trabajo intelectual y manual era una manifestación básica de la división del trabajo, la cual se expresaba aún en la diferenciación entre la caza, el pastoreo, la agricultura y la economía doméstica que se van independizando como actividades humanas en la medida en que avanza el dominio del hombre sobre la naturaleza, hasta que, al interior del propio sistema esclavista, el crecimiento del excedente permite el desarrollo de la artesanía, de la minería, de los servicios administrativos, de la función militar y sacerdotal, del comercio y de la propia actividad cultural como actividades más o menos separadas ejercidas por los nobles, los plebeyos y posteriormente hasta por los esclavos de la casa no dedicados a la producción.

No nos interesa aquí entrar en detalles sobre la evolución histórica de la división del trabajo pero es importante señalar que ella desarrollaba, de un lado, la destreza de los productores y, de otro, el poder del trabajo asociado que permitió crear las grandes obras arquitectónicas y las construcciones de la antigüedad clásica. Al mismo tiempo, ella elevaba a niveles absolutamente superiores, la organización del trabajo con el desarrollo de la concentración de la fuerza de trabajo en ciertos sectores, como la construcción civil, las minas, la guerra; y con el surgimiento de los gérmenes de la cooperación entre los trabajadores según una estructura jerárquica cada vez más definida. Y, por otro lado, el desarrollo de la misma organización del trabajo profundizaba, ampliaba y complejizaba la división del trabajo y aumentaba, en un primer momento, la capacidad productiva de la sociedad en su conjunto.

No es nuestra intención demostrar en detalle como este enorme desarrollo de las fuerzas productivas de la antigüedad clásica entró en contradicción con las relaciones de producción esclavistas. Pero, sería importante señalar que la decadencia histórica del Imperio Romano tiene que ver con las enormes masas de esclavos que se desplazaron de la actividad productiva e incluso de actividades no directamente productivas a la plebe romana, generando enormes masas de parásitos sociales. Ya no era solamente la nobleza que entregaba incluso el desarrollo intelectual de su sociedad a los esclavos y se retiraba al gozo irrestricto de los enormes excedentes de bienes y de esclavos. Para entonces, incluso la plebe romana ya podía vivir sin trabajar apoyándose en la gigantesca explotación de las colonias romanas y de los esclavos traídos de todo el mundo mediterráneo y europeo.

Los enormes excedentes generados por el desarrollo de la forma de producción esclavista se convertían así en la base de la disolución del modo de producción esclavista. Engels nos describe de manera muy viva el

secular movimiento histórico de cuestionamiento del esclavismo por las masas de esclavos de los más diversos orígenes y el rol unificador de estas masas que representó el cristianismo primitivo. Él comparaba incluso este rol con el representado por el moderno movimiento comunista.

Estos ejemplos nos revelan por tanto que la organización del trabajo es una parte fundamental de la evolución de la fuerza de trabajo, la cual representa, a su vez, el elemento dinámico de las fuerzas productivas.

Asociado al crecimiento del excedente, a la división del trabajo, a la concentración y cooperación en ciertas ramas, está el crecimiento de la población misma. Como lo ha demostrado Gordon Childe, hay una relación directa entre las revoluciones agrícola e industrial y verdaderas explosiones poblacionales. La concentración regional y posteriormente urbana de la población aumentada por los procesos demográficos naturales y las emigraciones espontáneas o forzadas (comercio y captura de esclavos) son, por un lado, un resultado de las revoluciones productivas y, por otro lado, un factor condicionante de las mismas.

De esta manera, podemos observar como los factores humanos que componen las fuerzas productivas se complementan: la división del trabajo, la organización del trabajo (concentración y cooperación de las unidades productivas, desarrollo de la disciplina productiva y de las jerarquías de mando y control), el avance del conocimiento de la naturaleza y la concentración y crecimiento de la población forman un conjunto de elementos interdependientes cuya estructuración tiene que ver no sólo con las formas productivas materiales sino también con las relaciones de producción. Estos elementos estructuran las relaciones de producción según modos de producción determinados, históricamente constituídos.

B) EL OBJETO DEL TRABAJO

Si analizamos el otro componente del proceso de trabajo que es el objeto del trabajo, vamos a notar la misma interrelación entre los varios elementos que lo componen.

En las fases más primitivas de su desarrollo, el objeto del trabajo principal al que recurría el hombre eran los elementos naturales en su forma inmediata. La extracción de frutas y hierbas, la pesca y la caza recogían directamente de la naturaleza los elementos de supervivencia del hombre sometiéndolos a formas de elaboración muy escasas. El cultivo agrícola y el pastoreo permitieron al hombre ya un cierto grado de fijación en la tierra

y de elaboración superior de sus objetos de trabajo. Con la construcción de canales, silos, medios de transporte, etc., estas actividades ya pasaron a un nivel superior de planificación y permitieron el desarrollo de la vida urbana, de la artesanía, la minería, la administración estatal, el comercio, las artes y la literatura, etc.

Los objetos de trabajo se transformaron en materias primas y la concepción misma de la naturaleza cambió de una concepción organicista de la misma, en la cual el hombre era una parte casi no diferenciada de la naturaleza con la cual buscaba convivir armónicamente, hacia una visión de la naturaleza como sustancia de la transformación operada por el hombre que le daba forma, utilidad, valor de uso. El concepto de materia prima nace como el producto de una forma de producción superior, más elaborada y capaz de producir un excedente económico muchas veces superior.

La comprensión de la naturaleza como una materia prima a ser transformada por el trabajo humano perduró por toda la antigüedad y la edad media, y llegó incluso hasta el renacimiento post medieval, influenciando incluso los primeros pasos por la constitución de la ciencia moderna.

Sólo en los tiempos actuales - y particularmente a partir del siglo XIX - es que la producción química irá modificar esencialmente esta noción de sustancia y forma, de materia prima e industria (creación humana). Solo entonces la humanidad logró modificar la composición de las materias primas a través de su cambio molecular realizado por procesos químicos. Estaban dados los pasos iniciales para la revolución científico tecnológica contemporánea que pretende someter totalmente la acción humana sobre la naturaleza a los principios científicos del conocimiento humano.

La naturaleza inmediata, la tierra, el suelo, el río, las materias primas o los recursos naturales son algunas de las formas que va asumiendo la naturaleza como objeto del trabajo, transformado, a través del proceso productivo, en bienes útiles; sea para su uso directo, sea para el intercambio en un mercado que se expande conjuntamente con la división social del trabajo. En nuestros días los objetos de trabajo son producidos por el hombre y no se identifican con formas o seres naturales.

c) LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN

Pero falta analizar el elemento más importante de las fuerzas productivas modernas que son los medios de producción. Solamente a través de ellos puede el hombre transformar radicalmente su capacidad de apropiación de la naturaleza.

Los instrumentos de producción son la manifestación más elaborada de los medios de producción y ellos evolucionaron enormemente desde el hombre primitivo a nuestros días. Desde las formas ocasionales de uso de las piedras y la madera, hasta la aplicación del bronce y del hierro a la creación de herramientas cada vez más sofisticadas para arar la tierra y posteriormente para la artesanía el hombre fue generando un enorme acervo de instrumentos de trabajo en constante evolución.

Esta evolución no ha sido siempre bien analizada por la historia económica y fue Karl Marx en *El Capital* quien retiró las consecuencias estructurales y teóricas de la evolución de los medios de trabajo, al mirar la historia de la tecnología desde el punto de vista de la industria moderna que se basa en la revolución radical de los instrumentos de trabajo, al convertir la herramienta, antes manejada directamente por el hombre, en un órgano final de un mecanismo autónomo de producción que es la máquina (creación de la máquina-herramienta, que se desarrolla después en la máquina y en el sistema de máquinas y que en nuestros días pasa para la forma de grandes usinas y grandes complejos productivos para recaer bajo el control de la computación que planea y ordena la producción según un proceso de alimentación, recepción y procesamiento de información que le permite dirigir la producción automatizada y ejecutado por el contemporáneo robot).

d) LOS ELEMENTOS AUXILIARES

La evolución industrial destacó también la importancia de la energía como elemento complementario de los instrumentos del trabajo. En las sociedades primitivas la fuente más importante de energía era la animal en la cual se incluía abundantemente la propia energía humana. La utilización de los vientos en los barcos de vela y en los molinos de viento de la baja edad media ya habían cambiado en parte este panorama, pero será solamente con la energía del vapor y posteriormente con la utilización de las caídas de agua, con el desarrollo de la electricidad, con el petróleo, con el carbón y el gas y, en los últimos tiempos, con la energía atómica y

nuclear (así como con las nuevas formas aún experimentales de la biomasa, de la energía solar, del hidrógeno, etc.) que el hombre pasó a disponer de fuentes energéticas más o menos permanentes, con potenciales muchas veces superiores a las necesidades originales de la industria. El desarrollo de nuevas fuentes de energía abrió camino a revoluciones rápidas y radicales en los instrumentos de trabajo y en la organización del trabajo aumentando en seguida la demanda energética a ritmos superiores a los avances de los medios de trabajo, ya de por sí muy acelerados.

Las instalaciones, la comunicación, las materias primas auxiliares forman otras partes importantes de los medios de producción, pero cumplían un rol auxiliar y menos importante hasta que los cambios en la construcción civil, en los sistemas de transporte y comunicación, etc. han ejercido un rol definitivo en la articulación de las varias formas y etapas de la producción un enorme desarrollo de los sistemas productivos en general.

Apéndice: Las fuerzas productivas y la revolución científico-técnica

No es aquí el lugar para destacar en detalle los importantes cambios que se han operado dentro del sistema productivo moderno en lo que respecta al rol relativo de cada uno de estos elementos, particularmente con el desarrollo de la revolución científico-técnica a partir de la segunda Guerra Mundial. El trabajo de Leonel Corona* sobre las revoluciones del proceso de trabajo en el modo de producción capitalista destaca cinco aspectos de este proceso:

- a) la revolución herramental
- b) la revolución mecánica
- c) la revolución energética
- d) la revolución informática
- e) la revolución científica

Al mismo tiempo, integra estas revoluciones según la organización de la producción, la fuerza de trabajo, los medios de trabajo (maquinaria, energía e información) y el objeto de trabajo. El estudio de este trabajo y otras investigaciones contemporáneas agregan básicamente un elemento nuevo al esquema categorial de Marx: el rol de la información que hasta la revolución científico-técnica había estado subsumida dentro del proceso de producción como un elemento casi inadvertido y que, hoy día, con el desarrollo de la computación electrónica asume un rol esencial en la organización del sistema productivo. Y este rol creciente de la información tiene que ver particularmente con el fenómeno (ya advertido por Marx en los *Elementos*, en *El Capital* y otros textos) del rol creciente de la ciencia como fuerza productiva. El desarrollo de la ciencia y de su aplicación al proceso productivo fue el hecho que permitió separar los múltiples momentos de la división técnica del trabajo realizado por las máquinas, en vastos complejos productivos. En consecuencia, la información como condición esencial de la dirección y control sobre la producción se destacó como actividad independiente, cumplida preferentemente por los computadores electrónicos.

(*) “Revolución del proceso de trabajo en el modo de producción capitalista”, Revista *Investigación Económica*, julio-sept, 1978, nº 145, México. Vea se un desarrollo de estas ideas en el libro posterior de Leonel Corona Treviño, *Teorías Económicas de la Innovación Tecnológica*, Instituto Politécnico Nacional, México, 2002.

CONCLUSIÓN

En esta exposición sobre las fuerzas productivas nos cuidamos de garantizar la atención del lector para un conjunto de aspectos que a continuación sintetizamos:

En primer lugar buscamos mostrar que al definir el concepto de fuerzas productivas no se trata de un conjunto de elementos aislados sino que los varios elementos que las componen forman un todo coherente organizado según formas de producción específicas. Los estudios contemporáneos sobre la innovación tecnológica, de inspiración schumpeteriana, lograron identificar padrones tecnológicos y paradigmas tecnológicos que mostraron con más detalles la visión general que Marx había desarrollado hace más de cien años sobre la relación estrecha entre los sistemas tecnológicos y los sistemas productivos.

En segundo lugar buscamos indicar que estas formas de producción que corresponden a *grados* determinados del desarrollo de las fuerzas productivas se presentan ligadas a ciertas relaciones de producción, cuyas características dependen exactamente de este grado de desarrollo de las fuerzas productivas, de los excedentes que generan, y que al mismo tiempo esas relaciones de producción actúan sobre el funcionamiento y desarrollo de esas fuerzas productivas. Este tema lo abordaremos más en detalle en el próximo capítulo al examinar la evolución histórica de las relaciones de producción.

En tercer lugar, hemos visto como el propio desarrollo de las fuerzas productivas va destacando, dentro de ellas, elementos que habían estado obscurecidos en otras etapas de su desarrollo y que se hacen presentes precisamente por el mayor potencial y complejidad de las propias fuerzas productivas.

Al mismo tiempo, van perdiendo su importancia otros elementos. En general, la evolución histórica de las fuerzas productivas se da en la dirección de una sustitución de la actividad humana directamente productiva por la utilización y desarrollo creciente de los medios de producción; con un cambio concomitante del rol de la fuerza de trabajo de elemento material hacia un elemento intelectual del proceso de producción, apoyada en el rol creciente de la ciencia y su aplicación en este proceso. Con la revolución científico-técnica contemporánea, la comunicación, el planeamiento, la orientación de la actividad productiva y su articulación con las necesidades o deseos de los consumidores se van destacando cada vez más hasta convertirse en los elementos cruciales de las fuerzas productivas en la actualidad.

VI. Elementos Constitutivos y Evolución de las Relaciones de Producción

Pero nuestra investigación se quedaría trunca si nos limitásemos a profundizar los elementos que componen las fuerzas productivas. Hay que pasar enseguida a un análisis más detallado de los elementos constitutivos de las relaciones de producción y su evolución histórica.

A cada etapa histórica de desarrollo de las fuerzas productivas corresponden determinadas relaciones de producción. Como vimos el acto de producir no es nunca un acto aislado como suponían las “robinsonadas” de los economistas. Las primeras formas de producción se dieron al interior de comunidades de tipo familiar, la horda y después la tribu, que es ya una compleja estructura de parentesco. La acción del individuo se diferenciaba poco, excepto por las diferencias naturales y accidentales entre ellos. Las diferencias de sexo y edad sirvieron de base para las primeras formas de división del trabajo, que se fueron haciendo permanentes con la reproducción sistemática de la sociedad y de las relaciones implícitas en esta forma de producción extractiva, basada en la utilización de la piedra.

Las formas de propiedad privada sólo pudieron surgir cuando la producción generó un excedente suficientemente grande para justificar la explotación del hombre por el hombre y la organización de una estructura de poder separada de la sociedad y encargada de defender un sistema de relaciones donde se concilian intereses contradictorios. Los gérmenes de la lucha de clases y con ella del Estado sólo surgen entonces, dando inicio a una nueva etapa de las sociedades humanas.

En este momento ya se pueden distinguir los tres grandes elementos que componen las relaciones de producción y las integran en una estructura determinada:

Primeramente, distinguimos unas *relaciones de trabajo* que ubican de forma diferente grupos sociales enteros dentro del proceso de producción. Apoyados en la *división del trabajo* en sus distintas etapas, se van configurando unas colectividades de individuos que cumplen una función similar en el proceso productivo. Pero no se puede confundir esas relaciones de trabajo y mucho menos la división del trabajo con la estructura de clases sociales propiamente dichas. Para definir las clases tenemos que considerar los otros dos elementos de las relaciones de producción.

Debemos distinguir, en segundo lugar, las *relaciones de propiedad* que van desarrollándose en *formas de propiedad* cada vez más complejas de acuerdo con el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de trabajo y que se convierten, al mismo tiempo, en una condición necesaria de la producción y reproducción de toda estructura productiva. El paso de la propiedad comunal hacia las formas aún primitivas de propiedad privada son, de un lado, solamente posibles a partir de un determinado grado de riqueza social, con la aparición del excedente. Pero, por otro lado, estas formas de propiedad van a ser el medio social que va a elevar el desarrollo de las fuerzas productivas hacia etapas superiores, aumentando mucho el excedente económico mediante la intensificación de las formas de explotación de la fuerza de trabajo.

En tercer lugar, es necesario distinguir en las relaciones de producción las *relaciones de cambio o intercambio o de distribución* de la producción. Esas se desarrollan a partir de un avance de las fuerzas productivas que permite la propiedad individual y las relaciones de trabajo cada vez más diferenciadas. El comercio es hijo de la división del trabajo y crea las condiciones para la producción familiar, individual y corporativa.

Las relaciones de producción deben pues ser vistas como un conjunto articulado donde predominan algunos de los elementos señalados, según la combinación entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y las condiciones históricas particulares en que se desarrollan. Cada una de esas articulaciones forman un modo de producción material sobre el cual se articulan a su vez los elementos de una superestructura institucional jurídico-política y un conjunto de ideas que permiten hacer funcionar y reproducirse esta estructura material.

Para proseguir con el enfoque analítico que preside estas notas, veamos más en detalle cómo evolucionan cada uno de los elementos de las relaciones de producción que hemos destacado de la compleja red de relaciones articuladas que forman el todo social en su devenir histórico.

A) LAS RELACIONES DE TRABAJO

Las relaciones de trabajo van emergiendo históricamente de las condiciones fortuitas del comunismo primitivo para asumir formas históricas que permanecen (sin dejar de sufrir importantes cambios internos) durante un largo período histórico. La primera forma de relación de trabajo basada en la explotación del trabajo ajeno es la esclavitud que surge primero como la subyugación de las tribus derrotadas por la tribus vencedoras, pero que posteriormente ya en la Grecia antigua da origen a un comercio esclavo organizado que se apoya en las expediciones explícitamente dedicados a la obtención (por pillaje o comercio) de grandes grupos de esclavos.

Los cambios internos de las relaciones de esclavitud van penetrando la propia división del trabajo social, lo que comprueba la afirmación de que no podemos confundir esta base de la producción con la estructura de clases de la sociedad. Los esclavos en Roma no sólo se dedican a las tareas de producción agraria y minera, sino que se convierten hasta en auxiliares o maestros de los artesanos y, más aún, se desplazan hacia actividades de servicio que van desde el servicio doméstico a las más complicadas tareas de tipo intelectual y artístico. Esta penetración de las relaciones esclavistas en todas las esferas de la división del trabajo son ya un producto de la decadencia del esclavismo como modo de producción y está asociada a profundas señales de decadencia histórica del Imperio Romano, que afectan las formas de propiedad, las relaciones de cambio y particularmente de superestructura institucional, jurídica, política e ideológica.

Las relaciones de trabajo del tipo serviles surgen de la decadencia del esclavismo e implican una superación inicial de la noción del hombre como un instrumento de producción. El siervo se vincula a la tierra y el señor no puede venderlo como una fuerza de trabajo móvil como hacía con el esclavo. Las relaciones de trabajo se hacen más sólidas y permanentes permitiendo reorganizar la producción en una base más sólida y permanente. El comercio esclavista, con sus excesos de los últimos siglos, había destruido comunidades enteras y roto sus bases orgánicas de supervivencia ecológica y demográfica.

Las nuevas relaciones de trabajo, desarrolladas con la servidumbre, habían permitido una reordenación de la relación comunitaria y el proceso de trabajo familiar, con una fijación mayor al suelo y una base de acumulación de riqueza más permanente. Así, a pesar del aparente retroceso histórico que significaban las relaciones serviles y la rebaja de la riqueza concentrada en las manos de los nobles y de las ciudades medievales, muchos siglos después se pudo constatar que este retroceso a los rigores de la producción agraria y artesanal había generado las bases de la creación de gigantescos excedentes económicos, que explotaron en las magníficas construcciones góticas de la baja edad media, el primer paso para el segundo momento revolucionario, que arrancó con el Renacimiento europeo. Las relaciones de trabajo serviles aparecían así como una forma progresiva frente a las relaciones esclavistas.

Posteriormente, la propia disgregación del servilismo va creando las condiciones de aparición del propietario privado moderno, el burgués medieval que dará origen a la clase revolucionaria de los siglos XVIII y XIX. Por otro lado, las nuevas condiciones de trabajo que enfrenta el burgués lo lleva a contratar sus trabajadores como trabajadores libres, propietarios de su fuerza de trabajo. La naturaleza móvil e inestable del comercio medieval no estimulaba una política de fijación de la mano de obra sea como servil, sea como un servilismo corporativo. La manufactura (y después la gran industria) destruyeron posteriormente las posibilidades de supervivencia de las relaciones de trabajo de tipo serviles e inauguraron la etapa del salario o venta de la

fuerza de trabajo libre en el mercado de trabajo, generado y desarrollado por el capital. Pero solamente la gran industria y particularmente su generalización hacia todas las ramas de la producción y posteriormente la penetración y subyugación de las otras esferas de la división social del trabajo como la agricultura y los servicios, permitieron el pleno desarrollo del trabajo asalariado.

Del trabajo asalariado, basado en la concentración y cooperación de los obreros organizados en grandes unidades productivas que dieron origen al obrero colectivo, brotan las condiciones para la asociación libre de los trabajadores, que solo será posible en un régimen de producción comunista. Tal como se supone, con una fuerte evidencia teórica, así serán las relaciones de trabajo que servirán de base a este nuevo modo de producción, que solo podrá implantarse y generalizarse cuando se creen las condiciones materiales para su implantación. Por el momento, en las formas de transición socialista, persisten las relaciones de trabajo basadas en el salario, a pesar de que una gran parte de la remuneración de la fuerza de trabajo asume formas indirectas o sociales que se fundamentan en el derecho social, tales como la vivienda, la educación, la salud, la alimentación básica, que se hacen casi gratuitas o atribuidas según la necesidad. Mediante estas nuevas relaciones de trabajo, se van creando las condiciones para nuevas relaciones de producción que tienden a convertirse en objetivos programáticos de fuerzas sociales y políticas cuya acción abre camino para los cambios sociales estructurales que dan origen a nuevas formaciones sociales y, finalmente, a nuevos modos de producción.

B) LAS FORMAS DE PROPIEDAD

Se ve en estos ejemplos como se mezclan y complementan las relaciones de trabajo con las formas de propiedad y las formas de distribución y relaciones de cambio. Prosigamos, sin embargo, nuestra tarea analítica estudiando la evolución histórica de las formas de propiedad.

La primera delimitación de la propiedad sólo se produce con la fijación de la tribu al suelo. Entonces, surgen las primeras delimitaciones aún imprecisas de las fronteras de la tribu. Se crean también las bases de un intercambio incipiente entre las tribus, además de las formas de pillaje de bienes y de esclavos estimuladas por la guerra.

Si no hemos analizado las relaciones de trabajo en las comunidades de tipo asiático debido a las dificultades que encierra el tema, no podemos dejar de llamar la atención para esta línea de evolución de la propiedad tribal hacia la propiedad comunal combinada con la propiedad estatal que se sobrepone a la comunal al interligarlas entre sí (particularmente a través de los canales de irrigación).

En la sociedad de tipo servil, el estamento noble no asume un derecho de propiedad del inmueble, pues están restringidos sus derechos de alienación del feudo. Este pertenece al señor y a su descendencia en la medida en que ellos pertenecen al feudo. El derecho de propiedad en este caso, implica una obligación de fijación a la tierra que define muy particularmente esta forma de propiedad que, en muchos sentidos, parecía un retroceso frente al derecho civil romano que reconocía mucho más explícitamente la propiedad privada individual con límites solamente de tipo familiar.

La saña de ganancia de la burguesía comercial y financiera impulsó los primeros intentos europeos en contra de estas formas limitadas de propiedad privada. Por su propia naturaleza móvil, los capitales comerciales y financieros no podían aceptar las limitaciones feudales y corporativas al derecho de propiedad privada. Pero fue solamente después de enormes luchas revolucionarias cuando la burguesía impuso en el siglo XIX la propiedad privada como una institución de derecho civil, la que permitió el pleno desarrollo de las relaciones de producción capitalistas, entonces solamente en gestación y embrionarias.

La generalización de la propiedad privada significa también el derecho del trabajador de vender libremente su fuerza de trabajo a cualquier patrón o de convertirse en patrón cuando se hace propietario de medios de producción. Este rompimiento con los límites estamentales a la propiedad destruyó no sólo la nobleza como clase sino que disolvió también la comunidad rural pre capitalista. La expropiación de estas comunidades permitió la formación del trabajador libre, el proletario moderno, propietario de su fuerza de trabajo que puede vender en el mercado de trabajo.

Esta separación tajante entre la propiedad privada de los medios de producción, cada vez más concentrados debido a los cambios en las fuerzas productivas modernas, y la propiedad libre de la fuerza de trabajo crea la condición social para la organización clasista de la fuerza de trabajo bajo las formas colectivas que anuncian las sociedades nuevas de tipo socialista que destruirán la propiedad privada de los medios de producción y abrirán paso para la asociación libre de los trabajadores.

Este análisis, aunque somero, de la evolución de las relaciones de trabajo y de las formas de propiedad nos permite entender la necesidad de investigar el rol de las relaciones de distribución y de intercambio en la definición de las relaciones de producción y en su evolución histórica.

c) **RELACIONES DE DISTRIBUCIÓN Y CAMBIO**

Las relaciones entre los productores sólo se transforman en un intercambio permanente cuando la división social del trabajo permite el desarrollo de los propietarios privados separados entre sí. Sólo entonces, la producción para el cambio tiene sentido y, sólo entonces, se puede hablar de una producción mercantil que tiene por objeto solamente el cambio. Las primeras formas de intercambio que se dan entre las tribus no tienen un carácter permanente sino esporádico y dentro de la tribu la distribución de los bienes se hacen según patrones rituales y no de intercambio entre productores privados que no existen como tales.

La evolución del intercambio esporádico inter tribal hacia la producción mercantil simple se hace en todo un período histórico en el cual, según vimos, el intercambio de los hombres (mercado de esclavos) cumplirá un papel destacado. En este período se desarrollan también las primeras formas del dinero como instrumento de cambio y ya en sus etapas más avanzadas éste cumple su función de atesoramiento y surgen las primeras formas del crédito.

El desarrollo de la forma mercantil pasa por varios períodos y se encuentra subyugado a normas y valores que vienen de las relaciones de producción esclavista y del desarrollo de las fuerzas productivas hasta entonces alcanzado. Los mercados son aún esporádicos y los vendedores no disponen de una medida clara del valor de los productos que intercambian porque desconocen en detalle las condiciones de trabajo de los demás productores independientes. Son los mercaderes los que vinculan estos productores independientes y el capital comercial se desarrolla como una potencia unificadora de los productores privados explotando su aislamiento cultural, social y geográfico para obtener gruesas ganancias. Pero al mismo tiempo creando, a largo plazo, las condiciones de superación de este aislamiento

El comercio se hace cada vez más amplio uniendo el Mediterráneo, el Medio Oriente y hasta el Lejano Oriente a través de vastos sistemas de comunicación que se instalaron en un proceso milenario de guerras, formación de imperios y su sucesión histórica, formación de corrientes de comercio local, regional e interregional hasta asumir una forma intercontinental. La "ruta de la seda" ha sido la expresión más completa de este proceso. Ella fue dominada en parte por la China, por los hindúes, los persas, los ejércitos macedonios y griegos, por los Romanos y finalmente por el Islam. Pero fue solamente con la navegabilidad interoceánica dominada por los españoles y portugueses en los siglos XV y XVI que se creó el moderno comercio mundial que generó las bases para el desarrollo del capitalismo y la imposición histórica de la dominación de la burguesía.

La formación del moderno comercio mundial se apoyó en una estructura de relaciones mercantiles y financieras

que ya se había desarrollado enormemente por los árabes, los judíos y los venecianos. La letra de cambio, la contabilidad, los mercados regionales, la consolidación del oro como medida universal de valor, y muchos otros instrumentos del intercambio permanente y organizado. También sirvieron de base para la consolidación de un sistema de comercio mundial, cada vez más general, sea en lo que se refiere a su extensión geográfica, sea en lo que se refiere a su extensión socioeconómica, es decir, cada vez más amplios sectores de la economía se inscriben en la producción mercantil, con características cada vez más definitivamente capitalistas.

Lo interesante de este período, es el renacimiento del mercado de esclavos con un carácter intercontinental y destinado en su forma masiva a la producción mercantil moderna, en las colonias. Vemos así como el desarrollo del intercambio favorece el desarrollo de las fuerzas productivas en los nuevos centros económicos que cumplen un rol cada vez más planetario y, al mismo tiempo, estimula relaciones de trabajo que rompan el inmovilismo del sistema servil: el esclavo moderno y el asalariado son los hijos de esta etapa de transición. En el futuro, el desarrollo de las fuerzas productivas liquidará el primero e impondrá el pleno desarrollo de las relaciones mercantiles. La venta de fuerza de trabajo en un mercado de productores desposeídos de medios de producción y propietarios de su fuerza de trabajo eleva las relaciones mercantiles a su etapa máxima y permite al capital, hijo dilecto del intercambio comercial, imponerse sobre la producción. Sólo entonces se puede decir que asume su forma definitiva el modo de producción capitalista.

Los varios ejemplos que analizamos, aunque someramente, muestran la diferenciación entre los elementos que componen las fuerzas productivas y las relaciones de producción y nos permite concluir que la articulación de estos elementos forma, lógica e históricamente, modos de producción material determinados, que encierran contradicciones entre las distintas formas productivas, el grado del desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones de producción y sus propios elementos internos. Asimismo, este análisis nos permitió indicar cómo en la historia concreta ellos se presentan en grados distintos de desarrollo que se interactúan impulsando y bloqueando al mismo tiempo el desarrollo global del modo de producción puro.

Pero, aún más importante, en estos modos de producción material se integran, en una sola estructura, intereses sociales contradictorios, expresos más directamente en la posición contradictoria que ocupan estos grandes agregados de individuos en el proceso de producción. Las contradicciones inherentes entre estas grandes masas de seres humanos configuran intereses concretos y los conducen a un enfrentamiento permanente, que se hace cada vez más fuerte y definitivo creando las clases sociales para sí, dominantes en un modo de producción determinado, es decir el moderno capitalismo

Estas clases dominantes van perdiendo su control sobre el sistema de producción al cual ya no pueden dominar y van surgiendo, al lado de las nuevas fuerzas productivas que rompen los límites sociales del pasado, los individuos concretos que articulan los intereses también concretos de las clases revolucionarias, las que, además de rebelarse en contra del estado de cosas existente, generan los gérmenes de nuevas relaciones de producción más adecuadas a la nueva etapa del desarrollo de las fuerzas productivas.

Es necesario señalar, sin embargo, que las relaciones de producción se van modificando internamente y pasando a nuevas estructuras que articulan, de manera más adecuada al desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones de trabajo, las formas de propiedad y las relaciones de intercambio. Antes, por lo tanto, de que un modo de producción dado aparezca, hay una gran posibilidad de reestructuración de las relaciones de producción existentes dentro de los mismos principios fundamentales. Así, los modos de producción ven suceder en su interior distintas formaciones sociales y estructuras de fuerzas productivas y relaciones de producción que, sin cambiar la esencia de clase del modo de producción, rearticulan sus distintas partes en nuevas y dinámicas formas de combinación.

Pero el cambio de las fuerzas productivas en que se basan los distintos modos de producción, altera no sólo sus estructuras sino también el resultado posible de la lucha de clases que se desarrolla en su interior y que genera las bases de los modos de producción superiores conformando un sistema evolutivo histórico que no se reduce evidentemente a leyes naturales de evolución, sino a leyes socioeconómicas que dependen en gran medida de la creatividad humana.

Marx buscó sistematizar el método necesario para integrar todos estos elementos complejos en un análisis histórico y teórico que intentó resumir en el párrafo siguiente:

“Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales y burgueses modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social, no en el sentido del antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de existencia de los individuos; las fuerzas productoras que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana” - (Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, op. cit, p.8).

VII. FUERZAS PRODUCTIVAS, RELACIONES DE PRODUCCIÓN Y SUPERESTRUCTURA

Las premisas materialistas dialécticas en que se apoya el esfuerzo de Marx y Engels, por construir un enfoque científico del devenir social no pueden quedarse a un nivel de simple enunciación. Es preciso demostrar, en el análisis de los modos de producción concretos, como se articulan necesariamente las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura jurídica-institucional e ideológica de las formaciones sociales.

La relación entre estas “esferas” de lo social ha sido objeto de amplias discusiones en la literatura marxista y en los críticos de Marx. La crítica principal se refiere al pretendido “mecanicismo” que encerraría la afirmación de un orden de determinación entre estos tres momentos de la totalidad social. Muchos autores creen que han alcanzado el máximo rigor dialéctico cuando sustituyen la determinación por una especie de interacción entre estos elementos y, otros también, creen que llegan al auge de lo científico cuando establecen un relativismo que permite delimitar para cada formación social la predominancia de algunas de las esferas.

Estas grandes “revoluciones” metodológicas se quedan sin embargo a las puertas de la ciencia sin lograr penetrar en su mundo. La relación de determinación entre un orden de fenómenos y otros a él subyugados no elimina de ninguna forma la interrelación entre ellos, ni mucho menos la posible dominancia o condicionamiento de lo determinado sobre lo determinante.

En la dialéctica hay una necesaria interacción mutua entre los fenómenos de una totalidad. Las fuerzas determinantes de una relación solamente ponen la necesidad de un cierto comportamiento de las fuerzas por ellas condicionadas. Pero, para que la realidad concreta opere, es necesario que la *acción* de las fuerzas determinadas terminen de concretar la totalidad social concreta. Las fuerzas determinantes sólo se retiran a través de las fuerzas por ella determinadas.

Más aún: exactamente porque lo determinante necesita lo determinado para concretarse, es la acción de lo determinado la que condiciona la acción de lo determinante. En este sentido, al contrario de lo que piensan ciertos autores que no lograron captar la esencia de la dialéctica, las fuerzas dominantes en las formaciones sociales concretas tienden a ser aquellas que están determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas. Además, la propia tendencia a la dominación en un modo de producción o en una sociedad concreta de lo económico, lo social, lo político y lo ideológico depende exactamente del desarrollo de las fuerzas productivas y su articulación con estos elementos.

Por determinación se entiende la procedencia lógica e histórica de un fenómeno cuya existencia y funcionamiento son *necesarios* para la existencia de los fenómenos por él determinados. No se trata de una relación de causalidad. La *necesidad* es una categoría absoluta. Cuando algo es necesario no se puede ni pensar la realidad sin considerarlo.

La existencia del modo de producción material es *necesaria* para la existencia de la superestructura simplemente porque la materia es necesaria para la existencia del espíritu. Es posible pensar la materia sin el espíritu tal como se presenta en nuestra experiencia sensible. Pero sólo es posible pensar el espíritu sin materia como un acto metafísico, una suposición que no hace parte de nuestra experiencia sensible. La hipótesis idealista que afirma la precedencia del verbo sobre la materia no es absurda racionalmente pero tiene implicaciones que obligan a la teoría hacia una temática irresoluble en el plano intelectual y racional, tal como lo habían demostrado en el siglo XVIII las antinomias de Kant, al realizar la crítica de la metafísica.

Marx, como vimos, pone el conocimiento en la cabeza y en la experiencia sensible de los hombres concretos, tal como lo habían hecho otros autores materialistas. Lo que Marx agrega a este materialismo es la noción de que esta experiencia sensible no se realiza directamente por un acto puro de conocimiento sino en un intercambio práctico del ser cognoscitivo con la naturaleza, a través de un proceso histórico y social. Y esta práctica sensible se realiza a través del proceso del trabajo, que no es un acto de individuos aislados, sino un proceso social. Un proceso social que se realiza a través de la subyugación de las fuerzas naturales por los hombres para obtener sus propios fines. Subyugación que se realiza a través de medios de producción que los propios hombres han creado, actuando sobre un objeto de trabajo y a través de una organización de los productores en un espacio y tiempo histórico concreto. Hombres que actúan sobre la naturaleza cumpliendo distintos roles en el proceso de producción. Roles que se cristalizan a través de las formas de propiedad que permiten reproducir esta estructura productiva y de las formas de distribución e intercambio que garantizan su funcionamiento. Funcionamiento que depende de la existencia de instituciones definidas, de un derecho y de un sistema de ideas y sentimientos que sólo pueden existir para responder a estas necesidades *puestas* por la producción social ya que los hombres tienen *primero* que comer, habitar, reproducirse biológicamente, etc., para después ordenar estas actividades materiales básicas según principios explícitos socialmente e ideas más o menos verdaderas sobre la realidad que los circunda.

Por lo tanto, la precedencia lógica e histórica de la producción material sobre la superestructura es una premisa *necesaria* para fundar una ciencia de la sociedad, y escapar de una metafísica de la social. Esta premisa se complementa con el conocimiento científico de que el hombre como único ser pensante, capaz de generar una cultura que se sobrepone a sus condicionamientos naturales, no existió en la tierra durante un

largo período. Conocimiento que se hizo aún más sólido cuando se pudo comprobar la existencia de estados de la materia en proceso de estructuración de galaxias, estrellas y planetas que no permiten la existencia de seres pensantes. La afirmación de que la materia precede el conocimiento de ella y la acción del hombre sobre ella, encuentra así una fuerte evidencia científica. Todo lo que exceda este límite con el objetivo de *explicar* metafísicamente la existencia de la materia como realidad independiente del hombre, sale fuera del plano científico, a pesar de que pueda ser compatible con la explicación científica de la realidad.

Por esto no es posible pensar y explicar el ordenamiento social sino a partir de la capacidad productiva del hombre, condición necesaria para todas sus otras actividades. ¿Pero esto significa reducir estas otras actividades a entes *derivados* pasivamente de la base material de la sociedad? Claro que no. Por el contrario, en la medida en que la satisfacción de las necesidades básicas y el dominio del hombre sobre la naturaleza se amplía, su capacidad productiva *depende* cada vez más del desarrollo de las relaciones de producción, de las instituciones, de los conocimientos, de los medios espirituales que expresen este dominio creciente. Pero lo que es claro es que tal *dominación* de los elementos más espirituales del ser humano sobre los materiales sólo es posible en la medida en que la capacidad productiva del hombre permite liberarlo *materialmente* de las necesidades materiales que antes consumían gran parte de su existencia. Aún más: está claro que estas tareas de producción material no están distribuidas equitativamente, sino que la sociedad las asigna a un cierto número de individuos cuya existencia social, posibilidad de desarrollo de sus potencialidades como ser humano, etc., están profundamente limitadas por su rol específico en las relaciones de producción. Está claro también que la sociedad justifica esta situación, la enaltece y tiene un sistema de sanciones para los individuos que se rebelen en contra de ella. Por lo tanto, las ideas que la sociedad elabora sobre sí misma y sus instituciones sólo se *explican* a través de la comprensión de estas condiciones materiales de producción y las relaciones de producción que le son complementarias.

La lógica sólo se hace dialéctica si se complementa lo teóricamente necesario a través de un análisis concreto de cómo se establecen en la historia la articulación concreta de estos elementos que se ordenan según principios que se tienen que explicar por la propia lógica del proceso de dominio de la naturaleza externa y humana por el propio hombre y por las condiciones concretas en que este proceso se da. Condiciones estas que suponen la acción de un sinnúmero de factores que no se desprenden necesariamente de esta lógica y que sólo pueden ser aprehendidos a través del análisis concreto de las situaciones históricas concretas. La lógica antes descrita no puede por lo tanto sustituir el análisis empírico de los procesos concretos y sólo puede realizarse a través de la mediación de la riqueza de lo concreto.

En este sentido, la noción dialéctica de *determinación* no se reduce a una causalidad entre fenómenos

externos los unos a los otros, sino por un completo proceso de realización de las determinaciones a través de la acción necesaria de los fenómenos determinados. Acción que es *necesaria* a la realización de la determinación.

Esta digresión teórico-metodológica nos muestra que la relación entre fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura está en el centro mismo de la concepción "filosófica" del marxismo. Ella tiene profundas implicaciones sobre la teoría del conocimiento y sobre la metodología. Sin estas reflexiones básicas se hace muy difícil comprender la teoría marxista de la ideología y de la superestructura.

Vemos así que la superestructura, de una manera más rigurosa, integra tres órdenes de fenómenos:

- a) Una estructura de *instituciones* jurídicas, organizativas (educación, organizaciones de producción, estado, etc.) y políticas, que expresan las relaciones de producción y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzados por las formaciones sociales. De un lado, ciertos aspectos esenciales de esta estructura institucional jurídico-política son determinados por la base material antes señalada, diversificándose según los intereses sociales concretos de las clases y grupos sociales. De otro lado, ciertos aspectos relativos a la forma y al movimiento real de estas estructuras jurídico-políticas dependen de factores históricos más concretos y de la propia capacidad de las sociedades humanas de conocerse a sí mismas, identificar sus intereses globales y particulares y generar alternativas concretas de comportamiento. Este autoconocimiento aumenta concomitantemente con el desarrollo de las fuerzas productivas.
- b) Un sistema de ideas sobre la naturaleza, el trabajo, el ser humano y las culturas, que conforman una visión del mundo que afecta a toda la sociedad pero que se fracciona entre las varias clases sociales cuyos intereses radicalmente antagónicos o contradictorios redefinen esa visión del mundo en función de sus propios intereses. También este sistema de ideas refleja en parte las determinaciones esenciales de las formas de producción material, de los intereses de clase antagónicos y de la propia estructura institucional jurídico-política. Pero de otro lado, en cada formación social concreta refleja condicionamientos más específicos que facilitan o bloquean su capacidad creadora y su eficacia en la transformación de la producción material y en la reproducción ampliada del modo de producción dominante.
- c) Un sistema de valores, sentimientos, modelos de comportamiento, aspectos psicológicos que se compatibilizan más o menos rigurosamente con la base material y las relaciones de producción, las instituciones y las ideas dominantes de las distintas formaciones sociales concretas en que se inscriben. La determinación en este campo es más mediatizada porque, de un lado, hay muchos elementos históricos concretos que actúan sobre este sistema. Y, de otro lado, aquí opera con mucha más fuerza la actividad individual y las diferencias entre individuos, grupos y clases. Sin embargo, es necesario resaltar que esto permite suponer la existencia de tales sistemas independientes de las determinaciones que emanan de la base material ya

señalada, ni de las diferencias de clase. Por el contrario, lo que pasa en este caso es una mayor riqueza de forma y una mayor diferenciación de los sistemas en función de la diversidad de situaciones sociales y materiales en que actúan los individuos y que se reflejan en su sensibilidad.

No se puede perder de vista el hecho de que las formas superestructurales y básicamente su contenido esencial reflejan las determinaciones fundamentales de la base material – productiva y social – en que se apoyan y en que actúan, fundamentalmente para permitir su conservación y reproducción. Por esto las superestructuras tienden a ser más bien conservadoras y sólo se debilitan y se transforman a través de un largo proceso histórico de maduración de las condiciones revolucionarias, que van siendo asimiladas por las clases revolucionarias en un proceso de autoconciencia, de conversión de clase-en-sí en clase-para-sí. A través de este proceso ellas se hacen capaces de identificar estructuradamente sus intereses particulares y de articularlos con la concepción de una nueva formación social y un nuevo modo de producción, capaz de realizar sus intereses de manera más adecuada.

Es por esto que Marx y Engels han insistido en varias oportunidades sobre la necesidad de comprender la relación entre la lucha de clases y las formaciones ideológicas. En la ideología alemana afirman:

“Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, (...) los individuos que forman la clase dominante (...) dominan también (...) como pensadores, como productores de ideas, que regulen la producción y distribución de las ideas de su tiempo, y que sus ideas sean, por ello, las ideas dominantes de la época. Por ejemplo, en una época y en un país en que disputan el poder, la corona, la aristocracia y la burguesía, en que, por tanto, se halla dividida la dominación, se impone como idea dominante la doctrina de la división de poderes, proclamada como “ley eterna”.”

Esta afirmación no elimina el hecho de que se produzca una división de trabajo entre intelectuales y pragmáticos dentro de la clase dominante, ni que existan ciertas contradicciones entre estos sectores. A continuación, nuestros autores aclaran muy bien estos aspectos:

(...) “La división del trabajo, (...) se manifiesta también en el seno de la clase dominante como división del trabajo físico e intelectual, de manera que una parte de esta clase se revela como la que da sus pensadores (...) mientras que los demás adoptan ante estas ideas e ilusiones una actitud más bien pasiva y receptiva, ya que son en realidad los miembros activos de esta clase y disponen de poco tiempo para formarse ilusiones e ideas acerca de sí mismos. Puede, incluso, ocurrir que, en el seno de esa clase, el desdoblamiento a que nos referimos llegue a desarrollarse en forma de cierta hostilidad, (...) pero esta hostilidad desaparece por sí misma tan pronto como surge cualquier colisión práctica susceptible de poner en peligro a la misma, ocasión en que desaparece, asimismo, la apariencia de que las ideas dominantes no son las de la clase dominante, sino que están dotadas de un poder propio distinto de esta clase.”

Pero ¿cómo es posible, entonces, transformar esta sociedad si la acción práctica de los hombres está condicionada por sus ideas y las ideas de la clase dominante penetran todas las conciencias? Marx y Engels afirman:

“La existencia de ideas revolucionarias en una determinada época presupone ya la existencia de una clase revolucionaria”.

Tenemos así una solución materialista del problema aparentemente insoluble. Hay que mirar hacia abajo, hacia las contradicciones que se presentan al interior mismo de la estructura socioeconómica para entender el surgimiento y desarrollo de las ideas revolucionarias en contra del orden existente. Y esto porque las clases revolucionarias no solamente defienden sus intereses particulares dentro de la sociedad existente, sino que proyectan sus intereses hacia la concepción de formaciones sociales nuevas que los reflejan, así como los intereses de otros sectores sociales y clases con ella identificados.

Marx y Engels afirman en el libro citado:

“La clase revolucionaria aparece de antemano, ya por el solo hecho de contraponerse a una clase, no como clase, sino como representante de toda la sociedad, frente a la clase única, a la clase dominante. Y puede hacerlo así, por en los comienzos su interés se armoniza realmente todavía más con el interés común de todas las demás clases no dominantes y, bajo la opresión de las relaciones existentes, no ha podido desarrollarse aún como el interés específico de una clase especial. Su triunfo aprovecha también, por tanto, a individuos de las demás clases que no llegan a dominar, pero sólo en la medida en que estos individuos se hallen ahora en condiciones de elevarse hasta la clase dominante. Cuando la burguesía francesa derrocó el poder de la aristocracia, hizo posible con ello que muchos proletarios se elevaran por encima del proletariado, pero sólo los que pudieron llegar a convertirse en

burgueses. Por eso, cada nueva clase instaura su dominación siempre sobre una base más extensa que la dominante con anterioridad a ellas, lo que, a su vez, hace que, más tarde, se ahonde y agudice todavía más la contradicción de la clase poseedora contra la ahora dotada de riqueza. Y ambos factores hacen que la lucha que ha de librarse contra esta nueva clase dominante tiende, a su vez, a una negación más resuelta, más radical de los estados sociales anteriores que la que pudieron expresar todas las clases que anteriormente habían aspirado al poder.”

Cerramos así el ciclo que iniciamos estas reflexiones. El ser humano ha hecho y rehecho su propia historia, pero solamente según las condiciones materiales que ha encontrado. El hombre se ha naturalizado al dominar cada vez más la naturaleza y al proponerse fines cada vez más objetivos que derivan de un mayor conocimiento del mundo exterior y de su propia realidad social. La naturaleza se hizo más humana al ser sometida a los fines humanos.

Al someter la naturaleza a sus fines, el hombre puede apartarse cada vez más de las actividades directamente productivas y aumentar muchas veces el poder creador de su pensamiento y, por lo tanto, su dominio sobre sí mismo y la naturaleza.

El desarrollo de las fuerzas productivas es, dialécticamente, la base material que hace posible este dominio creciente de las necesidades espirituales en las sociedades humanas. Las relaciones de producción se encuentran aún en prehistoria de la humanidad. Ellas impiden que estas potencialidades asuman toda su plenitud, que el desarrollo del conocimiento y del espíritu humano sea la fuerza motriz de la historia en vez de servir a los intereses de la explotación y la dominación; ellas impiden también que el hombre supere las barreras locales y nacionales para actuar bajo una dimensión planetaria; ellas impiden en fin que todos los hombres puedan desarrollarse como seres libres capaces de organizar la sociedad a favor del pleno desarrollo del individuo como ser social.

Cualquier enfoque realista de la sociedad moderna tiene que partir de estas situaciones contradictorias, para entender las falsas alternativas que ofrece la clase dominante frente al avance continuo del conocimiento y de su aplicación productiva.

Fuerza inmediata de explotación y dominación y fuerza histórica de liberación, el avance de las fuerzas productivas choca con la clase dominante y le provoca sentimientos ambiguos que se reflejan en las ideas dominantes de nuestra sociedad. La misma ambigüedad se nota en las clases dominadas. Pero le cabe a ellas y a sus intelectuales hacer desgarrar de esta realidad contradictoria las fuerzas del futuro.

VIII. CONCLUSIÓN: CÓMO ESTUDIAR LAS FUERZAS PRODUCTIVAS EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Las páginas anteriores nos permiten sacar algunas conclusiones metodológicas generales que deben servir de guía al estudio de las fuerzas productivas en las formaciones sociales concretas.

En primer lugar, el análisis de las fuerzas productivas no puede realizarse solo desde un punto de vista sociológico y aún mismo económico. Estas representan antes todo un fenómeno de tipo material. Un proceso concreto, históricamente dado, de apropiación de la naturaleza por hombres concretos, con medios de producción concretos y transformando según cierto grado de su desarrollo los objetos de trabajo en bienes útiles. Para estudiar las fuerzas productivas en el Capitalismo, Marx recurrió al estudio de la tecnología de su tiempo y su tendencia de evolución tal cual las habían entendido tecnólogos como Babbage y Ure.

Al mismo tiempo, se dedicó al estudio del desarrollo científico del período y su aplicación a la producción, poniendo especial énfasis a la nueva concepción de la naturaleza que emergía de las descubiertas científicas y que Engels resumió en *La Dialéctica de la Naturaleza*. De esta forma, Marx siguió al pie de la letra su planteamiento en el prólogo a la *Contribución*, cuando afirmaba que era necesario distinguir los trastornos materiales, las condiciones económicas, de las formas jurídicas, políticas, filosóficas, religiosas y artísticas, y afirmaba que estos trastornos materiales "se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales."

Es pues incomprensible cómo autores que se juzgan marxistas creen ser posible estudiar una formación social sin este punto de partida elemental para el materialismo dialéctico. La economía política marxista comienza cuando identifica la base material en que reposa el desarrollo de las fuerzas productivas, define claramente su etapa y de ahí reconoce las condiciones reales sobre las cuales se están desarrollando las relaciones sociales y la superestructura. Este procedimiento sigue Kautsky al analizar la cultura de las tres hojas como base de la organización feudal en el campo (en *La Cuestión Agraria*) y es el mismo que sigue Lenin al analizar la concentración y el monopolio como base de la fase imperialista del capitalismo (en *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo*).

Ya se llenaron muchas hojas de papel de idealismo anti, para y protomarxista que pretende acusar tales procedimientos metodológicos de "mecanicistas", "deterministas", "economicistas", etc. Pero el papel todo acepta: ¡La realidad no! Nadie ha gobernado una nación sin partir de esta base material. Y si la cuestión del determinismo económico separó históricamente a Lenin y Kautsky fue no respecto a su validez, sino a su interpretación.

Kautsky, como miles de "marxistas" contemporáneos, afirmaba que la Rusia Soviética no podría sostenerse porque carecía de desarrollo de las fuerzas productivas. Lenin le respondía: ¿y dónde está escrito que el poder soviético no podría crear él mismo la base material del socialismo?

Kautsky desconocía que los cambios del socialismo no están escritos en ninguna parte y que la inventiva humana debe ejercerse con audacia en las situaciones históricas concretas. La determinación material estaba satisfecha al transformar el capitalismo en una economía internacional, el imperialismo – que permitió la creación de los brotes del capitalismo en Rusia y la destrucción de la cohesión del feudalismo y de la autocracia zarista. Las contradicciones nacidas de esta situación permitieron al incipiente proletariado urbano ruso, ponerse al frente de la gigantesca masa campesina de esta nación continental para destruir el feudalismo, completar la revolución democrático-burguesa, vencer la reacción militar de las fuerzas contrarrevolucionarias y sus aliados reformistas y anarquistas que contaban con el apoyo de la reacción internacional, los liberales y los reformistas. Y de las gigantescas destrucciones materiales y humanas de la primera guerra, de la guerra civil y posteriormente de la Segunda Guerra Mundial pudo este país levantar una base material que rebasa en nuestros días algunos de los más avanzados países capitalistas, que jamás sufrieron ninguna destrucción masiva de sus fuerzas productivas en la época contemporánea.

Parecería haber aquí una contradicción para los que piensan según la lógica formal. Si las fuerzas productivas son el punto de partida necesario para entender una formación social, ¿por qué no estaba correcto Kautsky y sí Lenin? ¿por qué la historia desmintió el pesimismo "determinista" kautskyano y no el optimismo "voluntarista" leniniano?

Simplemente porque las fuerzas productivas se desarrollan más rápidamente en la etapa de la socialización de la producción, cuando se rompen las barreras de la propiedad privada de los medios de producción, del mercado y la ganancia como fundamento de la producción y se las sustituye por la propiedad social y la planificación.

No faltan hoy día y desde el primer momento de la revolución rusa (pues los teóricos actuales del no socialismo de los países socialistas no avanzaron un solo paso sobre las interpretaciones de Kautsky, Hilferding, Adler, Mondolfo, etc.) los que cuestionan el carácter "socialista" de esta experiencia y un conjunto de nuevas experiencias que se produjeron después de la Segunda Guerra Mundial en países dependientes y coloniales, que siguieron el camino del socialismo.

Pero todas estas interpretaciones se basan sea en una noción idealista de lo que debe ser el socialismo, sea en aspectos políticos de las experiencias señaladas o en confusas interpretaciones sobre el dominio de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas, cuyo sociologismo idealista ya hemos criticado.

Marx y Engels, Lenin y los marxistas revolucionarios jamás se dedicaron a describir un socialismo ideal, separado de las condiciones concretas y materiales en que históricamente se produzcan. Si la URSS pudo mantener y hasta profundizar históricamente la propiedad social de los medios de producción (única característica esencial para la definición del socialismo en Marx y Engels, pues las formas políticas que él asumiría según lo analizaron estos autores, dependían de ciertas condiciones sociales que no se daban en la URSS, atrasada tecnológicamente, aislada y agredida internacionalmente) fue porque Lenin tenía razón: no había nada en la teoría científica del socialismo que impidiese que el poder nacido de la revolución soviética desarrollase por su cuenta la base material para el socialismo, en una fase histórica que – como él mismo lo había mostrado – el capitalismo había creado esas bases materiales en escala internacional a través de la concentración económica en que se fundaba el imperialismo. “Poder soviético más electrificación” era la consigna que permitía el avance revolucionario del pueblo ruso del feudalismo y de un capitalismo incipiente al socialismo, gustase o no a un Kautsky, un Plejanov, un Martov y otros tantos brillantes teóricos marxistas que se asustaron de las terribles responsabilidades del poder y prefirieron mantener sus “manos limpias” pero incapaces de cambiar materialmente el mundo. Y para seguir tal camino tuvieron que volver al idealismo y recurrir a Kant para fundamentar filosóficamente su retroceso político.

No hay pues por donde perderse: “Todos los misterios que inducen la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica” ya decía la octava tesis sobre Feuerbach.

Y esta práctica humana, como lo ilustramos abundantemente en este trabajo, parte de la capacidad productiva del hombre en una fase históricamente dada, le guste esto o no a los que viven fuera de las realidades de la producción material, consumiendo los excedentes generados por los trabajadores directos.

Las fuerzas productivas no se presentan como una sucesión arbitraria de instrumentos de producción, conocimientos y prácticas productivas. Ellas se desarrollan según estructuras históricamente posibles, que se suceden según la capacidad de las distintas generaciones de partir del desarrollo realizado por las generaciones anteriores y avanzar en el dominio de la naturaleza. Esa capacidad no depende solamente de su voluntad, pues el hombre crea sus condiciones de vida a partir de las condiciones materiales que encuentra. Y entre estas condiciones materiales se encuentran los antagonismos de clase y las limitaciones históricas que, a

partir de un dado momento, encuentran las clases dominantes para continuar el desarrollo de las fuerzas productivas e imponer su dominación. Por otro lado, en estas situaciones, las clases revolucionarias que pueden generar las bases de modos de producción superiores pasan a ser el factor decisivo para la resolución de las contradicciones existentes y para superar la forma de producción existente elevando a un nuevo grado el desarrollo de las fuerzas productivas.

Este nuevo grado depende de elementos estructurales que se van cambiando históricamente ayudados por la capacidad teórica y organizativa de las nuevas clases dominantes. En esos momentos el factor subjetivo llega a su auge en la historia y el idealismo tiende a fructificar al poner en evidencia este rol de la subjetividad en la práctica social. Sin embargo, el materialismo dialéctico explica este rol creciente de la subjetividad sin tener que romper con sus premisas materialistas. Son las propias condiciones materiales de existencia que ponen la necesidad de la subjetividad y del revolucionamiento de la superestructura para permitir la resolución de los problemas nacidos de las potencialidades abiertas por los cambios en las relaciones de producción. La determinación de las fuerzas productivas sólo puede resolverse, hacerse realidad, si encuentra una respuesta en las relaciones de producción nuevas, en la revolución político-institucional y en la ideología. En estas circunstancias, los elementos superestructurales pasan a ser el factor dominante para hacer avanzar la práctica productiva a etapas superiores.

Y esto explica, por lo tanto, porque las formas de producción tienden a conformar una estructura productiva que corresponde a una estructura de relaciones de producción y una superestructura determinada. Y sólo con esta visión histórica coherente se puede entender el concepto de modo de producción, como una articulación históricamente posible y necesaria de estos elementos materiales, sociales y superestructurales. Pero todo el rigor metodológico estaría perdido si no se entiende el sentido histórico de esta necesidad. Esta articulación es necesaria para que se complete la viabilidad histórica de este modo de producción. No es necesaria en un sentido metafísico de que necesariamente los hombres llegarán a un nuevo modo de producción superior. Si aceptásemos este concepto metafísico de necesidad desaparecería toda dialéctica, todo rol de la subjetividad y la historia ya estaría hecha de antemano según unos fines racionales que la anteceden.

La lógica tiene que cumplirse en la historia y por esto la teoría puede prever y hasta crear la realidad, en un cierto sentido que da razón al idealismo. En este sentido estricto "todo racional es real" como lo quería Hegel. Pero solamente en este sentido estricto, pues esta lógica, esta razón, no surge de la cabeza del hombre sino de las potencias concretas que se encuentran en su proceso concreto de lucha con la naturaleza para someterla a sus propios fines. Es este proceso concreto que los enfrenta también entre sí en la dura lucha por la existencia que pasa por la explotación, la opresión y la dominación de unos hombres sobre otros según condiciones históricas concretas y definidas.

La metodología adecuada para estudiar las fuerzas productivas en las formaciones sociales tiene pues que encontrar las relaciones estructurales que articulan el productor, sus medios de producción y sus objetos de trabajo entre sí y, al mismo tiempo, tiene que encontrar las relaciones de producción que se articulan necesariamente con estas fuerzas productivas y, al mismo tiempo, las formas superestructurales que le son correspondientes. Pero después de este procedimiento teórico que permite describir un modo de producción históricamente necesario hay que estudiar en la práctica el grado efectivo de estas articulaciones, su etapa específica y las razones históricas que llevan a la no correspondencia entre estos elementos en la práctica concreta para entender las tendencias reales que se desprenden del análisis concreto de las situaciones concretas.

Una formación social articula varios modos de producción en etapas distintas de desarrollo, de dominación de unos sobre otros, de contradicciones entre ellos o de compromisos (que no eliminan las contradicciones) entre esos elementos contradictorios (valga la redundancia). De ahí que el análisis de las formaciones sociales concretas tenga que precisar muy claramente el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, su relación de correspondencia o no correspondencia con las relaciones de producción y las consecuencias que estas tienen para el funcionamiento de las contradicciones sociales (etapas de compromiso, equilibrio, reformas, revolución, etc.) y para las formas superestructurales (hegemonías ideológicas, legitimidad o no legitimidad de las clases dominantes, formas románticas o clásicas de sensibilidad y pensamiento, etc.)

No se trata, por lo tanto, de negar la autonomía relativa de los varios momentos dialécticos que forman la totalidad social. Trátase de mostrar que esos momentos son determinados por las contradicciones del desarrollo de las capacidades productivas del hombre en su relación con la naturaleza; de las contradicciones de los hombres entre sí que tienen su origen en la manera como resuelven su relación productiva con el medio natural; y de las expresiones ideológicas de estas contradicciones así como las formas concretas en que se encuentran "resueltas" provisoriamente en formas de equilibrio relativo, que se dan históricamente, o están en fases de confrontación agudas que se expresan en períodos revolucionarios o contrarrevolucionarios o en violentos cataclismos sociales, como las guerras, las decadencias sociales sin perspectivas revolucionarias, etc.

Hemos destacado hasta el momento dos principios metodológicos que creemos haber justificado:

- a) el principio de la precedencia del análisis de las fuerzas productivas como procesos materiales de desarrollo del dominio del hombre sobre la naturaleza.

b) el principio de la articulación estructurada de las fuerzas productivas y de la tendencia en estructurar a partir de ellas las relaciones de producción y las superestructuras.

En cierto modo estos principios ya implicaban un tercero que hemos indicado:

c) el principio de que esas articulaciones y sus grados de correspondencia deben ser analizados concretamente en situaciones concretas pues no hay ninguna ley que garantice que una necesidad dialéctica se haga real. Sólo el análisis concreto de las situaciones concretas puede determinar el movimiento histórico real que no sigue ningún plan preestablecido.

Esto nos obligó a explicitar el sentido de la *necesidad* en la dialéctica que, sin comprensión, la teoría se pierde en la metafísica y en el misticismo.

De lo anteriormente establecido nace necesariamente un nuevo principio metodológico:

d) el principio de que, en tal concepción, solamente la acción libre del hombre a través de la práctica productiva, social, intelectual, política, administrativa, etc. (que no deja de ser libre porque tiene que atenerse a las leyes concretas de funcionamiento de la naturaleza, de la producción y de la lucha social e ideológica en un momento históricamente determinado) puede dar un sentido final a una metodología que encuentra su fin en el análisis concreto de la situación concreta.

Las relaciones entre las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura tal como las analizamos en las formaciones sociales contemporáneas, sólo se explicitan totalmente cuando se plasman en un programa de acción para hacer avanzar el dominio del hombre sobre sí mismo y sobre la naturaleza. Dominio que nunca llega a un fin pues no es posible fijar en un momento dado la naturaleza humana como algo acabado, ni es posible imaginar una naturaleza exterior al hombre que sea totalmente dominada por él.

Llegamos así a la epígrafe de este ensayo:

“La historia entera no es más que una transformación continua de la naturaleza humana.”

Segunda parte:

Concepto de clases sociales

Índice

Prólogo	65
I. Orígenes históricos del concepto	66
II. Críticas al rigor conceptual de Marx	68
III. Cómo captar el concepto de Marx	72
IV. Los niveles del concepto de clases (I)	75
V. Los niveles del concepto de clases (II)	78
VI. La conciencia de clase (I)	82
VII. La conciencia de clase (II)	86
VIII. Intento de conceptualización	90
IX. Cómo investigar las clases	93

PROLOGO

¿Cuántas clases existen en la sociedad? ¿Cómo se las define y determina? A estas y otras cuestiones que emanan de dichos interrogantes responde el libro de Theotonio Dos Santos que publicamos.

El texto corresponde a las posiciones del autor expuestas en el Seminario sobre Clases Sociales que realizó el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile en 1966.

El autor, actualmente Director del CESO, aborda el tema a partir de la crítica a dos sociólogos en cuyos trabajos han intentado demostrar que el pensamiento de Marx es, en cuanto a la definición y uso del concepto **clases sociales**, contradictorio. Tanto Georges Gurvitch como Stanislaw Ossowsky, los sociólogos de referencia, caen en deformaciones mecanicistas al analizar a Marx, lo que es una constante en los buenos y malos teóricos no marxistas.

El mérito del trabajo de Theotonio Dos Santos, sin embargo, supera la simple puesta en evidencia de las debilidades de Gurvitch y Ossowsky, entregando una clarísima sistematización sobre el camino teórico que realiza el marxista para definir las clases sociales.

En el Anexo se incluyen cuatro textos de Marx y Engels, en los que los fundadores del socialismo científico abordan el problema de las clases sociales en su nivel más abstracto, es decir, en su nivel teórico más puro.

Estos textos han sido tomados de la edición de El Capital de Fondo de Cultura Económica, Cuarta Edición, 1966; de La Ideología Alemana, Ediciones Pueblos Unidos, 1968; y del Prólogo a Contribución a la Crítica de la Economía Política, 1857, editado por Cuadernos de Pasado y Presente, Sexta Edición, 1972.

El Editor

I. ORIGENES HISTORICOS DEL CONCEPTO

El concepto de clase social no fue una creación del marxismo. Desde la antigüedad griega, por ejemplo (y aún se pueden encontrar documentos egipcios donde se plantea la existencia de clases en la sociedad), Aristóteles divide la sociedad en esclavos y hombres libres. Además, en la *Política* divide los ciudadanos en pobres, clase media y ricos. En este mismo libro, Aristóteles establece relaciones entre formas de gobierno y predominio de ciertas clases sociales. También entre los patriarcas de la Iglesia, según Ossowsky¹, era bastante nítida la conciencia de una sociedad esclavista que se presentaba junto a la idea de la igualdad social. Los actos de los Apóstoles y el Nuevo Testamento están llenos de referencias a las clases sociales, siempre observadas desde el punto de vista de la relación pobres y ricos o de las relaciones esclavistas.

Santo Tomás dividía la sociedad en órdenes sociales bastante rígidos, que reflejaban la cristalización de la jerarquía feudal en la alta edad media. Lo mismo, ciertamente, se podría constatar al estudiar la tradición cultural del Oriente y del Mundo Árabe.

En vísperas de la Revolución Francesa, la percepción de la existencia de clases sociales era bastante aguda. La representación de los tres órdenes sociales se tornó un elemento bastante claro de la conciencia social. En Babeuf, vamos a encontrar una representación muy clara de la lucha de clases como factor determinante de la lucha política. Su interpretación de la Revolución Francesa, de las constituciones por ella promulgadas y su visión de la sociedad futura, estuvieron profundamente marcadas por la noción de la lucha de clases.

La economía burguesa con Adam Smith elaboró una clara visión de las clases fundamentales de la sociedad burguesa basada en su función económica. Las clases agraria, industrial y asalariada hallaban su origen en las fuentes básicas de la renta: la tierra, el capital y el trabajo.

Saint-Simon veía la sociedad dividida en dos clases: la clase industrial y la clase ociosa. Y Proudhon llegó claramente a la idea de la propiedad como origen de la división de la sociedad en clases. Idea que también existía de modo más impreciso en Rousseau.

¹ Stanislaw Ossowsky, *Estructura de clases y conciencia social*. Ed. Península, Barcelona, 1969.

Como se puede notar, en el siglo XIX el concepto de clase se identifica con el funcionamiento mismo de la sociedad. Lo que va a hacer Karl Marx es exactamente dar al concepto de clase no sólo una dimensión científica sino también atribuirle el papel de base de explicación de la sociedad y de su historia.

Sin embargo, a pesar de la importancia fundamental del concepto de clases sociales en la obra de Marx, no va a recibir el tratamiento sistemático y riguroso que ha dado a otros conceptos. Su obra maestra, *El Capital*, quedó interrumpida exactamente en el capítulo en que empezaba a tratar de las clases sociales. Además, en muchas obras anteriores Marx emplea este concepto, a veces sin mucho rigor, lo que originó una serie de confusiones sobre su verdadero sentido. Por fin, hay que imaginarse que Marx, como todo pensador, desarrolló este concepto en el transcurso de sus investigaciones, lo que implica que lo fuera sistematizando progresivamente.

Todos estos hechos dieron origen a gran número de confusiones acerca de este concepto, confusiones que, en general, están vinculadas a la interpretación del propio pensamiento marxista. Seleccionamos dos críticas que se fundamentan en el carácter contradictorio que el concepto de clase revestía en Marx. Creemos que la tarea de aclarar estas aparentes contradicciones es fundamental para poder llegar a un concepto científico de las clases sociales.

II. CRITICAS AL RIGOR CONCEPTUAL DE MARX

1. GEORGES GURVITCH

La primera crítica detenida de las contradicciones del concepto de clases de Marx la encontramos en Georges Gurvitch².

Gurvitch parte de la distinción entre filosofía de la historia y sociología. Para él, solo en la medida en que se establece esta diferencia se logra constituir la ciencia social. Según él, Marx no logró determinar claramente tal diferencia. Hay en su visión de la sociedad la tensión entre el científico y el filósofo social, lo que la conduce a una escatología. Particularmente, su concepto del papel histórico del proletariado estaría marcado por esta visión escatológica de un fin de la historia: el comunismo. El proletariado se transforma así en un ente metafísico que lleva una “misión histórica” que la filosofía social le atribuye.

Una segunda crítica se refiere a la diversidad de los conceptos de clase que se presentan en la obra de Marx. En primer lugar, Marx no logra, según Gurvitch, establecer nunca con claridad si la conciencia de clase es o no un elemento necesario a la definición de una clase social. Algunas veces, la presencia de la conciencia de clase aparece como un elemento decisivo para la existencia de la clase social; otras veces aparece la clase social sin manifestación de esta conciencia. En segundo lugar, cree que Marx no logró definir con claridad en qué la clase social se distingue de los otros agrupamientos como las castas, estamentos, etc. De ahí la imposibilidad de Marx de responder claramente a la pregunta: ¿Las clases han existido siempre?

Pues sí, por una parte, habla de clases en toda la historia humana letrada, por otra plantea ciertas características de las clases sociales que las distinguen como un agrupamiento exclusivo de la sociedad industrial moderna. Una tercera crítica se refiere a la cantidad de clases que Marx distingue en sus obras. Plantea que Marx distingue numerosas clases en la sociedad moderna, sin lograr definir las relaciones que mantienen entre sí las diversas clases y cuáles son sus relaciones con los otros agrupamientos sociales modernos. Según él, Marx no logró nunca definir con claridad el papel de ciertos agrupamientos como la pequeña burguesía, la burocracia, etc.

² Georges Gurvitch, *El Concepto de Clases Sociales desde Marx a Nuestros Días*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973.

La cuarta crítica se dirige al concepto de ideología. Pregunta Gurvitch: ¿Al final, según Marx, las ideologías son ilusiones de la conciencia o son mistificaciones conscientes? ¿La ideología corresponde a una toma de posición, a la conciencia de clase o se trata de una justificación doctrinal del comportamiento real de las clases? ¿En qué se distingue la ideología de lo que Gurvitch llama las “obras objetivas” de la conciencia (religión, moral, derecho, etc.)? ¿Serán estas “obras objetivas” ideológicas también? Por fin, parece que para Marx las ciencias humanas (excepto la economía política), el conocimiento filosófico, la religión, etc., son también ideologías.

La conclusión de Gurvitch es que Marx no tiene un concepto muy riguroso de clases sociales y que hay una tensión en su obra entre la sociología y la filosofía social que le impide llegar a un concepto correcto. Esto, sin embargo, para él no negaría la importancia del descubrimiento del concepto de clase por Marx. Sostiene que es necesario, sin embargo, precisar este concepto liberándolo de las contradicciones de Marx.

No es nuestro objetivo en este momento estudiar las soluciones que ofrece Gurvitch para estos problemas. Lo que pretendemos al exponer los resultados de nuestra investigación teórica del concepto de clases sociales en Marx, es exactamente mostrar la falsedad de estos planteamientos de Gurvitch, que aparecen bajo otras formas en varios autores. Junto con mostrar que las confusiones no son más que frutos de la incomprensión de Gurvitch del universo teórico de Marx, haremos la crítica de sus críticas así como de las “soluciones” falsas de los falsos problemas que plantea. Antes de iniciar este trabajo debemos discutir a Stanislaw Ossowsky que complementa el cuadro de las críticas al rigor mismo del concepto de clases en Marx.

2. STANISLAW OSSOWSKY

El sociólogo polaco Stanislaw Ossowsky, es el autor de un sugestivo estudio sobre la estructura en la conciencia social³. En este estudio toma tres tipos de enfoques de las clases sociales en Karl Marx.

³ Stanislaw Ossowsky, *op. cit.*

a. *Esquema dicotómico*. El esquema dicotómico es aquel que presenta las relaciones de clase como una oposición aguda entre clase dominante y dominada. Este esquema sería privilegiado por Marx en el *Manifiesto Comunista*, al destacar las relaciones entre explotados y explotadores en toda la historia y entre trabajadores y no trabajadores. Tal enfoque correspondería, según él, a los intereses de Marx como político que destaca los aspectos más violentos de la lucha de clases.

En *El Capital*, según Ossowsky, al seguir las motivaciones del economista, Marx enfatizó la relación dicotómica entre asalariados y capitalistas, entendidos como no propietarios. Algunas veces, sobre todo en los capítulos finales de *El Capital*, Marx habría tomado el principio de la división funcional de la renta para dividir las clases entre asalariados, capitalistas y rentistas de la tierra. En este sentido, Marx se habría fundamentado en el esquema tricotómico de Adam Smith, basado en la función productiva. Otras veces, Marx habría usado el esquema tricotómico con objetivos de análisis sociopolíticos, al diferenciar capitalistas, asalariados y pequeña burguesía (entendida ésta como los no asalariados o como trabajadores que utilizan sus propios medios de producción).

b. Actuando como sociólogo, según Ossowsky, Marx utilizó en otras ocasiones el *esquema de gradación*, diferenciando las clases por su posición más alta o más baja dentro de una escala. Por ejemplo, distinguió algunas veces una pequeña burguesía como un sector medio por el monto de su propiedad. Otras veces diferenció otros sectores medios o clases intermedias o jerarquizó las clases en relación a la gradación de sus posesiones de medios de producción.

c. Por fin, según el sociólogo polaco, trabajando como economista o sociólogo, Marx diferenció las clases según un *esquema funcional* de acuerdo a la propiedad de fuentes de ingreso. Así presentó, por ejemplo, la lucha entre sectores de clase o entre clases dominantes de sistemas sociales distintos. Ejemplos serían la lucha entre aristocracia financiera y burguesía industrial, más pequeña burguesía (Luchas de clases en Francia e Ideología Alemana), la lucha de la burguesía contra la nobleza (18 Brumario de Luis Bonaparte). También Engels recurriría a este esquema funcional en su estudio de la población rural en *Guerras Campesinas en Alemania*. También el concepto de "lumpenproletariat" como un estrato social estaría basado en su función socioeconómica, o mejor aún en la ausencia de esas funciones.

En resumen, según el sociólogo polaco, Marx construyó diferentes imágenes de la sociedad conforme a los fines de su análisis. Como analista político, destacó los aspectos de la explotación, como analista sociológico o económico, estableció divisiones más complejas para encontrar correlaciones entre una estructura de clases bastante diferenciada, la superestructura y otros fenómenos. Ossowsky distingue básicamente dos enfoques

posibles sobre la lucha de clases en la historia: las luchas entre opresores y oprimidos (*Manifiesto*) y/o la lucha entre clases de intereses diversos (Engels, en la Introducción a *Lucha de Clases en Francia*).

Ossowsky no niega la legitimidad de adoptar estos esquemas distintos, pero los considera como superpuestos e irreductibles a una unidad de análisis. Da como causa de las contradicciones de Marx, no una falta de rigor científico en su trabajo, sino una diferenciación de enfoque según los intereses que presiden el análisis en cada caso. Cabe sin embargo hacer una pregunta: ¿Se trata de esquemas superpuestos de análisis o de diferentes planos de un mismo proceso analítico sintetizante? A esta pregunta buscaremos responder al tratar sistemáticamente el concepto de clases en Marx.

¿Hay de hecho en la obra de Marx esta diversidad de enfoques y de conceptualización de que hablan Gurvitch y Ossowsky? A primera vista parece que sí. Sin embargo, esta diversidad no tiene la forma caótica o superpuesta que presentan los autores. Al diferenciarlos y aislarlos de su contexto general de análisis, matan lo más profundo del método marxista: la dialéctica. Analizar a Marx desde el punto de vista del pensamiento analítico, como hacen éstos y la mayoría de los críticos de Marx, es matar y secar su pensamiento. Y a un Marx así destruido y deformado se puede criticar fácilmente. Sin embargo, su pensamiento gana toda la fuerza cuando se presenta erguido de pie y vertebrado por la dialéctica materialista.

III. COMO CAPTAR EL CONCEPTO DE MARX

Para lograr restaurar la unidad del concepto de clases en Marx hay que hacer un camino inverso en sus obras. Hay que empezar por *El Capital* para situar debidamente el contexto en que aparece el concepto en el pensamiento de Marx. Y desde este punto de partida caminar hacia las obras anteriores donde el concepto aparece a un nivel concreto

Marx trató el concepto de clases en el último capítulo que había escrito para su libro. La ubicación del concepto en la obra nos muestra el nivel de abstracción en que Marx lo trataba. Sólo va a tratar el concepto de clases después de haber analizado el proceso de la producción del capital en el primer volumen, el proceso de circulación del capital en el segundo, y al final del estudio del proceso de producción capitalista en su conjunto. Particularmente, va a tratarlo en la sección sobre la renta y sus fuentes. Esta ubicación nos muestra que el concepto de clases surge teóricamente para Marx al nivel de la concreción del análisis de un determinado modo de producción. Es el eslabón que lo constituye de forma socialmente específica. Tomemos el texto:

“Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna basada en el régimen capitalista de producción”.

Así, el concepto de clases aparece aquí como la personificación de las categorías económicas centrales de un determinado régimen de producción. Pero ningún régimen de producción ha existido históricamente de una manera pura, sino mezclado a otros regímenes de producción y a otros elementos socioeconómicos de este mismo régimen que no fueron descritos en el análisis teórico. De ahí que Marx agregue a continuación:

“Es en Inglaterra, indiscutiblemente donde más desarrollada se halla y en forma más clásica la sociedad moderna, en su estructuración económica. Sin embargo, *ni aquí se presenta en toda su pureza esta división de la sociedad en clases*. También en la sociedad inglesa existen *fases intermedias y de transición* que oscurecen en todas partes (...) las líneas divisorias”^{*}.

^{*} Bastardilla del autor.

Al hacer esta afirmación, Marx plantea el problema que la estructura de clases como aparece en la sociedad, empíricamente es mucho más compleja que las relaciones esenciales entre las clases de la sociedad. Sin embargo, el estudio teórico de esas clases es un elemento fundamental para comprender las tendencias de desarrollo de esta sociedad concreta. Por esto afirma que, desde el punto de vista de la investigación teórica de las clases básicas de la sociedad, el problema de la estructura empírica de clases es indiferente. Pues trátase de determinar las tendencias que se van desarrollando con el sistema capitalista de producción.

“Esto, sin embargo, es indiferente para nuestra investigación. Ya hemos visto que es tendencia y ley de desarrollo del régimen capitalista de producción el establecer un divorcio cada vez más profundo entre los medios de producción y el trabajo y el ir concentrando los medios de producción desperdigados en grupos cada vez mayores; es decir, el convertir el trabajo en trabajo asalariado y los medios de producción en capital. Y a esta tendencia corresponde, de otra parte, el divorcio de la propiedad territorial para formar una potencia aparte frente al capital y al trabajo (...).”

En último análisis, la determinación de las clases sociales básicas de la sociedad no es tarea de la observación empírica sino de una investigación teórica del modo de producción que la constituye. Veamos como lo plantea Marx:

“El problema que inmediatamente se plantea es éste: ¿qué es una clase? La contestación a esta pregunta se desprende en seguida de la que demos a esta otra: ¿qué es lo que convierte a los obreros asalariados, a los capitalistas y a los terratenientes en factores de las tres grandes clases sociales?”

Es decir, la cuestión de que existan tales y tales clases se resuelve en el análisis del modo de producción mismo. Como había hecho en el capítulo sobre la apariencia de la competencia, Marx continúa su análisis al criticar la apariencia de que las clases tienen su origen en las distintas formas de renta. En este punto termina el manuscrito dejando en el aire el plan que debería seguir en su análisis.

A pesar de que Marx no terminó su manuscrito sobre las clases sociales, podemos sacar algunas conclusiones metodológicas sobre su modo de enfocar el problema.

En primer lugar, pretendía tratar el concepto de clase en varios niveles de análisis dependientes entre sí. Esto plantea la cuestión de los niveles de abstracción en que se debe estudiar el problema. La rigurosa diferenciación e interdependencia entre los niveles de abstracción es uno de los principales aspectos del método dialéctico, que lo diferencia profundamente del método analítico formal. Al diferenciar los niveles de abstracción, Marx

tiene por objetivo desarrollar la investigación teórica que estudia ciertas condiciones determinadas que no existen bajo esta forma pura en la realidad empírica, pero cuya determinación es necesaria a un enfoque explicativo de esta realidad. En seguida el método busca reintegrar progresivamente los otros aspectos de la realidad y aproximarse a lo concreto. A este momento de análisis se llama proceso de concreción progresiva.

En segundo lugar, el punto de partida del análisis de Marx es el estudio de un modo de producción determinado. Las clases sociales aparecen en el momento como "personificación", contenido volitivo, personal, activo de ciertas relaciones descritas, abstractamente. Esto no quiere decir que a un nivel más concreto no sea posible describir las clases sociales como agrupamientos sociales susceptibles de ser estudiados sociológicamente. Sin embargo, este estudio empírico de las clases sólo tiene sentido teórico definido cuando se halla situado dentro del marco de un análisis abstracto. Es decir, sólo es posible alcanzar un nivel explicativo de análisis cuando se inserta el nivel descriptivo empírico en un cuadro teórico abstracto. Se vuelve así al problema de los niveles de abstracción de forma más precisa, es decir, definiendo claramente el punto de partida teórico del análisis⁴. Después de estos planteamientos, la tarea que sigue es estudiar el concepto de clase según sus diversos niveles de abstracción.

⁴ Por punto de partida teórico no se entiende el punto de partida del estudio de una sociedad. Se puede empezar a estudiar una sociedad a un nivel totalmente empírico o impresionista, pero el estudio sólo adquirirá el status científico cuando logre definir las relaciones esenciales de esta sociedad. A partir de este punto el estudio asume la forma de una teoría y por lo tanto es científico.fi

IV. LOS NIVELES DEL CONCEPTO DE CLASES (1)

PRIMER NIVEL: EL MODO DE PRODUCCIÓN.

El primer nivel en que hay que situar el concepto de clases es el análisis del modo de producción. El concepto de clases aparece como resultado del análisis de las fuerzas productivas (nivel tecnológico de los medios de producción y organización de la fuerza de trabajo) y de las relaciones de producción (relaciones que los hombres establecen entre sí en el proceso de la producción social). Estas fuerzas productivas y estas relaciones de producción asumen ciertos *modos* posibles de relación en la historia. Estos modos posibles de relación son esencialmente contradictorios cuando las relaciones de producción se constituyen en base a la propiedad privada. Ese carácter contradictorio define las leyes generales del funcionamiento y desarrollo de los modos de producción clasistas.

De esta forma, el análisis del modo de producción supone una cierta dinámica propia de este modo de producción cuyos componentes son antagónicos. Las clases sociales son una expresión fundamental de esas relaciones antagónicas. En consecuencia, el concepto de clases sociales se constituye teóricamente dentro del concepto de lucha de clases. La lucha de clases es pues el concepto clave para comprender las clases sociales. Por este motivo, el concepto de clases exige un análisis esencialmente dialéctico.

La lucha de clases está relacionada directamente con la superación de una determinada formación social (modo de producción más modo político y cultural). De esta manera, sólo se puede comprender el concepto en el contexto de las contradicciones y leyes de desarrollo interno de un determinado modo de producción y de una determinada formación social. En este nivel del análisis se integra el concepto de conciencia de clase. El concepto de conciencia de clase en el marxismo no corresponde a la idea vulgar empírica de la conciencia que tienen los individuos de su condición de clase. Una de las conquistas básicas de la ciencia social marxista se define en la frase del prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*: "Y del mismo modo de que no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción". Trátase de mostrar las formas de conciencia

antagónicas posibles que corresponden a determinados modos de producción. No se trata de lo que los hombres piensan en un determinado momento. Trátase de describir teóricamente las formas posibles de conciencia. La conciencia empírica o psicológica de los hombres puede estar más o menos próxima a ellas.

Hay un conjunto de textos marxistas que corroboran esta interpretación. Desde el prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, citado, hasta la tipología en el *Socialismo Utópico y Científico* de Engels. También se presenta en los textos sobre la acumulación de capital y varios otros textos de *El Capital*. Trátase de estudiar las clases y la conciencia de clase a un nivel altamente abstracto y al mismo tiempo con referencia a una formación histórica concreta. La conciencia de clase no puede estudiarse independientemente de las formas históricas concretas de producción. Estas formas concretas son estudiadas en su pureza esencial, es decir, sometidas a condiciones casi de laboratorio. Condiciones creadas por la abstracción, que aísla de los fenómenos todos los aspectos secundarios, específicos de formas particulares, para subrayar todo lo que es principal, específico del modo de producción que se pretende estudiar.

La clave del concepto de clases y de conciencia de clase a este nivel teórico está en el prólogo a la primera edición de *El Capital*:

“En esta obra, las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las personas en cuanto *personificación de categorías económicas*, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase”.

La maestría con que Marx liga las relaciones económicas a las relaciones culturales en *El Capital* y en otras obras, viene exactamente de su concepción de la economía. Para Marx, la economía política no estudia relaciones entre cosas ni entre hombres y cosas. La economía política estudia relaciones entre hombres que *aparecen* en la conciencia de los hombres como relaciones entre cosas. Ejemplo: el cambio de mercancías es aparentemente un cambio entre cosas, pero sólo es objeto de la economía política marxista en cuanto es un cambio entre productos del trabajo humano, es decir, una forma de relación entre los hombres. De esta manera, las categorías económicas del marxismo, al contrario de las categorías empíricas de la ciencia social vulgar, rebasan la apariencia fetichizada de los fenómenos sociales para ir a su esencia: las relaciones entre los hombres, estudiadas bajo la forma de relaciones específicas, de modos determinados de relación entre ellos. En estos modos de relación se inscriben las clases sociales como la personificación en grandes grupos

humanos de estas relaciones que los individuos en general desconocen, o perciben bajo formas accidentales, inconexas, caóticas, no determinadas, no científicas.

¿Esta visión del marxismo no lo reduciría a una especie de idealismo empírico en que se substituye la observación de la realidad por categorías teóricas que *crean* la realidad? ¿Una visión de este tipo, por otro lado, no lo cambiaría en una teoría formal que sirve de instrumento a la observación empírica, es decir, una especie de tipo ideal?

Ni una cosa, ni la otra.

En primer lugar, estas categorías del análisis marxista no nacen de las condiciones posibles de la percepción de la realidad social (idealismo trascendental), sino de la expresión teórica de la práctica social.

El proceso que permite llegar a las categorías básicas explicativas de la realidad social es el de la abstracción de las relaciones concretas que viven los hombres en la realidad histórica.

En segundo lugar, no se trata de categorías operacionales instituidas por premisas más o menos arbitrarias o libres (tipo ideal), sino de categorías "esenciales", es decir, categorías que son constituidas por la realidad misma y que derivan de ella.

En tercer lugar, no son de modo alguno categorías formales, pues no representan relaciones posibles establecidas abstractamente, sino, al contrario, relaciones reales que dan las condiciones posibles de abstracción. Es decir, son abstracciones de modos reales de producción y no categorías universales aplicables a realidades no históricamente determinadas. Es la realidad histórica misma quien *constituye* las posibilidades de las categorías teóricas.

Sin embargo, la realidad social no se agota en los modos de su movimiento. Mucho más que esto, la realidad tiene un movimiento concreto que entra en contradicción con los modos posibles de este movimiento, pues la realidad concreta incluye otros elementos mucho más complejos que la abstracción de las condiciones de su movimiento.

V. LOS NIVELES DEL CONCEPTO DE CLASES (II)

SEGUNDO NIVEL: LA ESTRUCTURA SOCIAL.

Una sociedad concreta, históricamente dada, no puede corresponder de forma directa a categorías abstractas. Como decimos, el marxismo no usa la abstracción de una manera formal. Cuando elabora el concepto abstractamente, lo niega en seguida, al mostrar las limitaciones de este nivel del concepto. De ahí la necesidad de pasar a niveles más concretos de abstracción. En una sociedad concreta:

1. El desarrollo del modo de producción y de sus contradicciones plantea situaciones sociales históricamente específicas (por ejemplo: el modo capitalista de producción pasa al fin del siglo XIX a una forma imperialista y esta forma asume hoy un carácter integrado mundialmente, etc.);
2. El desarrollo del modo de producción desarrolla nuevas formas específicas de relación entre sus componentes y crea nuevos componentes (ejemplo: el desarrollo del sindicato limita las relaciones asalariadas, el surgimiento de nuevos sectores sociales como la llamada "aristocracia obrera" o las "nuevas clases medias" cambia la distribución de la plusvalía en el sistema y afecta las formas de realización de la plusvalía, etc.);
3. A un nivel todavía más concreto, en una sociedad coexisten formas sociales distintas en antagonismo con la formación dominante y limitándola, pero formando situaciones de equilibrio delimitadas históricamente (por ejemplo: la lucha entre clases dominantes y dominadas de modos de producción antagónicos – capitalismo vs. feudalismo –; el surgimiento de clases intermedias en vías de desaparición, o clases en formación; el caso de la contradicción campo-ciudad, etc.).

A este nivel, el análisis tiene que concretarse mediante la descripción todavía teórica de los modos de relación posibles en una determinada sociedad, es decir, en una estructura social dada⁵. La diferencia del nivel anterior es que ahora el análisis tiene que referirse a un universo histórico y geográficamente situado, en el cual se

⁵ Sin entrar en la discusión sobre el concepto de estructura formal o descriptiva, que dejamos para otra oportunidad, preferimos usar el concepto de estructura como expresión de relaciones existentes (condicionantes y no "posibles" de una sociedad dada).

distingue el nivel de desarrollo de una determinada formación social y sus relaciones con otras formaciones sociales. Hay que trabajar sobre datos empíricos de carácter histórico, demográfico, sociológico, etc., a fin de componer el cuadro de las relaciones básicas y de su dinámica. En este nivel, la conciencia de clase debe ser tratada bajo la forma de intereses sociales definidos teóricamente. Es decir, por conciencia de clase se entenderá las formas posibles de *conciencia en las condiciones específicas de una estructura social dada*. El análisis será mucho más concreto y matizado, pero todavía no se relaciona con lo que las personas o grupos sociales empíricamente piensan.

TERCER NIVEL: SITUACIÓN SOCIAL

A este nivel, el análisis se aproxima a la descripción de una sociedad concreta. Sin embargo, esta descripción no será puramente empírica sino científica porque conoce a las determinaciones que explican a esta realidad inmediata o "aparente". Disponiendo de un instrumento teórico del tipo descrito no confundiremos la estructura de las clases con la estratificación social, como lo hacen varios sociólogos, ni las élites dirigentes con la clase dominante, ni la psicología de las clases con su conciencia de clase, etcétera.

Vemos así que al diferenciar internamente la estructura, encontramos una serie de fenómenos que están correlacionados y son dependientes de la estructura de clases. Uno de esos fenómenos es la estratificación social, que introduce un elemento de jerarquización de los individuos de la sociedad no solamente por su posición de clase sino también por diferencias de ingreso, profesionales, culturales, políticas, etc. Vemos que, en este momento, el enfoque puede separarse de las categorías sociales puras para buscar clasificar los individuos dentro de estas categorías de formas a veces particulares y no previsibles teóricamente. Los individuos dejan de ser la personificación de categorías sociales para ser personas y pueden ellos mismos constituir categorías por el conjunto de aspectos sociales que se entrecruzan en su persona; no es necesario llevar este paso del análisis a una concreción empírica tan grande. Se puede analizar todavía las relaciones de las estructuras de clase con estos sistemas de estratificación en general.

Otro elemento que se agrega a este nivel es la proyección de sistemas de estratificación de formaciones sociales distintas en un nuevo sistema de estratificación (como por ejemplo, la proyección de la estratificación señorial rural en la estratificación racional urbana en los países latinoamericanos), lo que forma una realidad concreta mucho más compleja. Problema este muy común en la psicología de las clases de transición o recién constituidas.

En este nivel, trabajamos con valores socialmente dados donde la estructura de clase se enfrenta a determinaciones muy distintas, producto de la especificidad de una situación social dada. En este nivel no podemos estudiar la conciencia de clase (es decir, las condiciones y modos posibles de expresar los intereses de las clases) sino a nivel de lo que Lukács ha llamado la psicología de clases. Por psicología de clases se entienden las formas de pensar y sentir de las clases sociales situadas históricamente. A este nivel surgen relevantes problemas de contradicciones entre los intereses de *clase* de una clase y sus intereses inmediatos; las contradicciones entre sus intereses de clase y sus orígenes históricos; entre su mentalidad condicionada por la estructura existente, los valores de la estratificación social, relaciones de tipo racial, etc., y los intereses de clase que condicionan las posibilidades de su actuación de clase.

La riqueza analítica del método dialéctico surge aquí con toda su fuerza. Contra la realidad unilínea y plana del empirismo se opone una multiplicación de planos de contradicciones, de posibilidades de análisis del comportamiento humano. Y surge también la condición dramática de la realidad social, las contradicciones entre los individuos y su realidad objetiva y psicológica. Surgen los elementos trágicos, grotescos o cómicos de la existencia humana. La ciencia se encuentra así con la política real, la literatura, el arte y la existencia cotidiana de los hombres. Se hace vida. Esta es la fuerza concreta del marxismo, aún no completamente desarrollada: su capacidad de ligar el más absoluto rigor teórico abstracto a las más cotidianas realidades del hombre.

CUARTO NIVEL: LA COYUNTURA

Por fin, el análisis se torna todavía más rico y más diferenciado cuando introducimos el efecto de ciertas coyunturas específicas en el estudio del fenómeno. La estructura de clases va a sufrir profundos cambios conforme sea la coyuntura en que se desarrollan sus contradicciones.

En los momentos de ascenso del ciclo capitalista, por ejemplo, el comportamiento y la psicología de las clases se presenta de forma completamente distinta que en las situaciones de crisis o revolucionarias. En las situaciones de crisis la psicología y la conciencia de clases tienden a confundirse en una sola realidad. Es decir, se presenta con más claridad a los hombres reales sus condiciones de existencia. Otra es la situación en los momentos de ascenso o de equilibrio cuando la psicología y la conciencia de clase tienden a separarse y las formas inmediatas de los fenómenos tienden a oscurecer sus modos reales de existencia.

La ciencia empirista, por su supervalorización del *dato* sobre las determinaciones, sustituye la totalidad por los aspectos o formas de su manifestación. Por esto tiende a confundir la dinámica de la realidad con la dinámica aparente de ciertos períodos históricos. En los años de 1890-1900 en que el capitalismo se mostraba ascendente y sin crisis surgió la teoría de Bernstein para negar la necesidad de la crisis capitalista, teoría que la guerra de 1914 y la crisis del 29 negaron rotundamente. En nuestros días, estas tendencias a negar la crisis capitalista se consolidan otra vez debido al desarrollo capitalista más o menos sostenido en los últimos años. Las formas de consumo de masa tienden a oscurecer las relaciones de clase en la sociedad: los empiristas sustituyen la sociedad de masas por la sociedad de clases, etcétera.

Algunas conclusiones

Podemos llegar a algunas formulaciones de conjunto en este momento. Las diferentes clases sociales que ha descubierto Marx y los aparentemente distintos enfoques del fenómeno de clases no corresponden a una superposición de enfoques distintos sino a un sistema relacionado de planos de abstracción que van desde lo más concreto a lo más abstracto y desde lo más abstracto a lo más concreto. Cuanto más nos aproximamos a lo concreto más las leyes generales se van redefiniendo en relaciones cada vez más complejas.

Representar lo concreto sin estas determinaciones no es todavía labor científica sino de observación sistemática. La ciencia empieza cuando la descripción se hace determinación, se hace "concreto-determinado" o, al contrario "universal-concreto". Ciertas coyunturas determinadas tienden a acentuar las contradicciones entre la apariencia de los fenómenos y sus modos de ser, es decir, su "esencia"; otras coyunturas, sin embargo, particularmente las revolucionarias, hacen "aparecer" los aspectos esenciales de la realidad en la experiencia inmediata.

La ciencia social empirista absolutiza lo inmediato, pues no puede mostrar sus relaciones con los modos de ser o las condiciones que lo determinan y por lo tanto no es ciencia. Es codificación de métodos de observación (aspectos positivos) e ideologización de relaciones existentes (aspectos negativos).

VI. LA CONCIENCIA DE CLASE (I)

Dada la importancia de la conciencia de clase en la definición de este concepto, creemos necesario destinar un ítem especial a su estudio.

Es conocida la distinción que hizo Marx entre clase en sí y clase para sí. Sin embargo, esta distinción de sabor hegeliano puede ser causa de muchas confusiones. La separación analítica entre las clases como relaciones objetivas al nivel de las relaciones de producción y la conciencia de esas relaciones, tiene que ser explicada con el máximo de rigor.

Una clase se define primeramente por las relaciones o modos de relaciones que condicionan las posibilidades de acción recíprocas entre los hombres, dado un determinado modo de producción. En este sentido, el concepto de conciencia de clase es un concepto puro, es decir, abstracto, teórico, no referenciable directamente a una o algunas conciencias empíricas. A este nivel, como vimos, podemos definir la conciencia de una clase como la representación consciente posible de sus intereses en un modo de producción dado. Los individuos que componen o "personifican" estas categorías abstractas, es decir, que realizan en la práctica estas relaciones no disponen en general de los medios teóricos para representarlas en su conciencia. Las representan de un modo caótico, asistemático y fragmentario, mezclado con las ideas dominantes en su sociedad o en la que fueron educados. La sistematización de estas impresiones de un sistema de relaciones reales en la cabeza de los individuos forma la *psicología de la clase*. En la medida en que esta psicología de clase no expresa la realidad de estas relaciones en un sector significativo de los individuos que componen una clase, se puede concebir a estos agregados humanos como una clase *en sí*.

Serán, sin embargo, una *clase para sí* en una situación social en que tome conciencia de estas relaciones bajo la forma de una ideología política que defina claramente las condiciones reales de su existencia y la contradicción entre ellas y sus intereses como clase social, así como le proponga los medios de superar esta situación. En este momento pasa a constituirse una clase *para sí*, es decir, una clase capaz de elaborar un proyecto de existencia social adecuado a sus intereses de clase.

Este modo de plantear el problema elimina algunas confusiones bastante difundidas sobre el concepto de conciencia de clase y de ideología. La primera confusión es la que identifica la conciencia con la psicología de

clase. Entiéndese muchas veces por conciencia de clase el pensamiento que tienen determinados agrupamientos sociales históricamente dados. La superposición de la psicología con la conciencia elimina la posibilidad de entender la dinámica contradictoria de estos dos elementos y confunde lo inmediatamente dado con la realidad misma.

Otra confusión es la identificación de la ideología con un falseamiento de lo real, o mera justificación o “racionalización” de ciertos intereses. El concepto de ideología tomado en su forma pura inicial no supone necesariamente ningún falseamiento de lo real ni ninguna racionalización. Ideología es en un primer momento de análisis, la expresión consciente de intereses reales de clase y su operacionalización en formas de acción concretas para lograr estos intereses.

Sin embargo, en un segundo momento, y sólo en un segundo momento, pues puede que sea o no necesario, se agrega el elemento falsedad. Pues no todas las ideologías son falsas, ni ninguna ideología es falsa, en cuanto es la representación de los intereses que expresa. Por el contrario, en este sentido sólo hay ideologías cuando hay representación *verdadera* de los intereses.

¿Cómo puede ocurrir que la representación *verdadera* de los intereses de una clase sea al mismo tiempo *falsa*? Es que los intereses de todas las clases dominantes incluyen la necesidad de falsear las verdaderas relaciones de clases.

Tiene que ser parte de la ideología burguesa la representación de la sociedad burguesa como conjunto básico de individuos, que *pueden* diferenciarse en agregados, pero que constituyen siempre la unidad de análisis porque esta forma de representación expresa exactamente el interés esencial de la burguesía de ocultar el carácter de clase de su sociedad y postular su sociedad como ofreciendo oportunidades iguales a todos los individuos. Es interés de clase de la burguesía representarse a sí misma no como clase dominante sino, a lo sumo, como individuos dominantes

La ideología burguesa tiene que estar fundada pues en esta falsedad. Sin embargo, con relación a la representación de sus intereses fundamentales de clase, es verdadera. De ahí el rico carácter de mistificación que implican estos tipos de conciencia de clase. De ahí la imposibilidad de constituir una verdadera ciencia (explicación de lo real, conocimiento de lo real y no de su apariencia inmediata) burguesa, de ahí por qué la ciencia burguesa estará siempre prisionera de su ideología y será por lo tanto ideológica.

En la medida en que la ciencia empieza a explicar lo real (por la necesidad de conocer que todas las clases dominantes tienen, a pesar de su necesidad de *no* conocer verdaderamente) entra en contradicción con la

ideología de la clase dominante. De ahí la necesidad ideológica de falsear lo real que se expresa en la necesidad de la teoría burguesa de ser pragmática y empirista, de absolutizar las relaciones inmediatas (es decir burguesas) entre los hombres y de los hombres con la naturaleza.

Confundir de esta forma ideología con falsedad es eliminar la posibilidad de demostrar el carácter de clase y determinado de esta falsedad. Lo mismo ocurre con la ideología del proletariado. Ella es por su naturaleza "verdadera", en el sentido de que puede y necesita representar sus intereses de clase como intereses de clase. Esta posibilidad se transforma en una necesidad teórica de deslindar el carácter de la sociedad burguesa y el carácter transitorio de la sociedad proletaria. La ideología sólo será proletaria si se apoya en una visión científica (no ideológica) de la realidad. Se elimina así la contradicción entre la ciencia y la ideología. Ambas pasan a ser momentos de una misma unidad de interés.

Puede parecer a los empiristas excesivamente "metafísico" este planteamiento del problema, pues el empirismo llama metafísica toda investigación teórica. Sin embargo, metafísica es la posición contraria que aísla las condiciones del pensamiento científico de la realidad histórico-social y se muestra incapaz de resolver los problemas planteados por este aislamiento. Es decir, se vuelven incapaces de explicar las causas que permiten el desarrollo de la ciencia bajo formas contradictorias de pensamiento plenamente identificables con el desarrollo de la lucha de clases. Sobre todo, no pueden explicar cómo ha conocido el hombre y cómo conoce todavía bajo condiciones ideológicas de pensamiento.

Otro aspecto de la relación entre ideología y verdad se torna muy evidente en la relación entre clases ascendentes y clases decadentes. En su momento de ascenso político y económico, la burguesía estuvo impulsada por una profunda necesidad de conocer teóricamente y de racionalismo. La economía política clásica, por ejemplo, tiene un evidente estatuto teórico especulativo mil veces superior al pragmatismo de la ciencia económica contemporánea, expresada por la célebre frase de Keynes: "a largo plazo estaremos todos muertos". La ciencia económica latinoamericana de fines de los años 40 y de los años 50 hizo incursiones en el campo teórico especulativo, muy limitada es verdad, pero que expresaban la necesidad de constituir una ciencia capaz de superar las limitaciones que sentía el naciente capitalismo industrial latinoamericano frente a las condiciones del subdesarrollo. El vuelo fue tan breve como cortas las alas de esta burguesía y su posibilidad de desarrollo.

Otra es la situación de la burguesía en el poder, cuando los problemas de orden cualitativo que exigen la superación de los datos inmediatos y la investigación teórica, son sustituidos por las necesidades de desarrollar el orden social existente. Entonces, el pensamiento burgués tiende a tornarse cada vez más antiespeculativo,

antirracional, antiteórico. El pragmatismo o la barbarie intelectual sustituyen al razonamiento abstracto, la observación empírica o el juego formal de otro lado sustituyen al *conocimiento* científico o al razonamiento abstracto. Los campos del conocimiento se aíslan en islas intelectuales, no por la extensión del conocimiento de lo particular como se pretende, sino por la actitud teórica pragmatista que corresponde a una realidad social y económica basada en la atomización del hombre, imposibilitado por las relaciones de clase y sociales a reencontrarse con su sociedad.

Se establece así una relación estrecha entre la verdad científica y las condiciones de la lucha de clases. La realidad social de la explotación y de la sociedad basada en el antagonismo de clases es una limitación real a la verdad científica y transforma la ciencia en ideología. En la sociedad burguesa no es la ideología que se funda en la ciencia, es la ciencia que se funda en la ideología. Por esto, a no ser que pudiera renunciar a sus propios trucos y dejar de ser por lo tanto burgués, el pensamiento burgués no puede esclarecer la relación entre ciencia e ideología.

VII. CONCIENCIA DE CLASE (II)

Fueron necesarios estos planteamientos iniciales para que lográramos retomar los conceptos de conciencia de clase, ideología y psicología de clase en forma correcta y científica. Podemos redefinirlos ahora libres de las confusiones que normalmente oscurecen su comprensión.

Por conciencia de clase se entiende la expresión sistemática de los intereses de las clases sociales; por ideología la operacionalización de estos intereses en metas, y medios definidos para lograrlos; por psicología de clases se entiende el modo de pensar y sentir de determinados agregados humanos en una situación o momento dado.

La conciencia de clase se determina al nivel del análisis de los intereses de clase dentro de una formación social dada, independiente de la existencia de individuos que perciban o no esos intereses. La ideología se determina por un esfuerzo teórico para expresar las formas de desarrollo posible de esos intereses y las metas y medios que puede generar. La psicología de clase, por otro lado, se determina al nivel del estudio empírico de los individuos o de ciertas manifestaciones colectivas siempre referenciando su dinámica a la determinación de la conciencia de clase y de la ideología y a los conflictos existentes entre su psicología y su conciencia de clase.

El análisis busca definir los elementos que condicionan y permiten surgir u oscurecer la conciencia de clase en los agregados humanos reales. Estos elementos estarán compuestos de:

1. Un análisis de las relaciones objetivas puras (abstractas) al nivel del modo de producción a que pertenece la clase;
2. El nivel de desarrollo de este modo de producción en una estructura o una situación histórica dada en combinación con otros modos de producción, su relación con situaciones históricas (sociales, políticas, ideológicas, etc.) determinadas;
3. El estado empíricamente observable de esta conciencia.

Estos tres niveles deben combinarse en un análisis dialéctico que supone la posibilidad de relacionar estos niveles a una coyuntura determinada y sus tendencias de desarrollo.

Un problema especial puede surgir con el estudio de las clases transitorias, o que no llegan a cristalizarse como clases, pues sus condiciones de existencia en la sociedad están en constante transformación hacia nuevas formas de relación. La conciencia de estas clases no puede por definición cristalizarse en un conjunto sólido de intereses y están sometidas a la presión constante de los intereses de otras clases (por ejemplo, la pequeña burguesía en el régimen capitalista). Esto no le quita su especificidad como clase de transición, pero torna muy complejo el análisis de su conciencia y psicología de clase.

Una nota debe ser destinada al planteamiento del carácter antagónico de la conciencia de clases. Si las clases sociales se definen por sus intereses antagónicos unas frente a las otras, también la conciencia de clase se definirá por este carácter antagónico. Este antagonismo no se expresa simplemente en intereses opuestos dentro del modo de producción existente. Para que estas clases logren realmente poseer una conciencia de clase tienen que oponer entre sí regímenes sociales distintos. El antagonismo se expresa en una relación de superación, destrucción o dominación de una clase por otra. Esto asegura el rol de la lucha de clases en la historia, como su móvil no sólo dentro de los regímenes, sino de la superación de un régimen por otro.

Esta comprensión del carácter de la conciencia de clase revela también el rol del intelectual en la lucha de clases, en general, oscurecido por ciertas concepciones equivocadas. Como la conciencia de clase es al mismo tiempo un elemento condicionado por la praxis humana (es decir, un resultado consciente de esta praxis) y un elemento condicionante de ella (es decir, es la conciencia que permite al hombre dominar su praxis y someterla a sus fines) el intelectual ocupa un papel clave en su desarrollo. Pues es solamente una actividad intelectual sistemática la que permite extraer las consecuencias de la praxis y sistematizarla de tal forma que la conciencia se transforme en efectiva conciencia de los individuos de la clase.

Los que están sumergidos en la práctica y no pueden concientizarla (lo que exige un *trabajo teórico*⁶ específico) no tienen pues una conciencia de clase. La conciencia de clase y la ideología la desarrollan precisamente los intelectuales. Por esto Lenin insistía en el *¿Qué hacer?* que el proletariado abandonado a su propia condición no podía llegar a una conciencia de clase, sino a lo sumo a una conciencia sindicalista (necesidad de unión y de lucha por vender bien su mercancía, la fuerza de trabajo, en la sociedad capitalista). Por esto mostraba la

⁶ El concepto de la actividad teórica como trabajo nos conduce al concepto de praxis teórica de Althusser.

dificultad de que los trabajadores comprendan las relaciones generales del sistema y la necesidad consecuente de educarlos en el socialismo, que es su conciencia de clase. Por esto por fin decía: sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria. Sería imposible comprender el papel relevante de la teoría en el marxismo clásico si no se comprende el concepto de conciencia, ideología y psicología de clase.

El intelectual tomado no como individuo aislado en una torre de marfil, sino como militante intelectual de una clase, es por lo tanto un elemento clave en la explicitación y desarrollo de la conciencia de clase. La actividad intelectual retoma su papel siempre privilegiado en el marxismo, separándolo de las concepciones pragmáticas empiristas que se rotulan como tal.

Sin embargo, se puede preguntar todavía: ¿Existía conciencia de clase en las sociedades precapitalistas? En estas sociedades los individuos se concebían no como clases sino como castas, órdenes, estamentos, etc. ¿Cómo se puede hablar de una conciencia de clase en tal situación? Hemos planteado teóricamente el problema de la relación entre la estructura de clase y la estratificación social. Hemos visto que la primera explica la segunda, a pesar de que la dinámica real de la sociedad incorpora la relación dialéctica entre las dos. El capitalismo ha liberado la conciencia de clase de estas formas mistificadas de relación entre los hombres, al instituir la economía como criterio básico de diferenciación entre ellos. Hemos visto, sin embargo, la imposibilidad de la conciencia burguesa de concebir las relaciones de clase con fundamento de la historia humana y su necesidad de oscurecer estas relaciones. Hemos visto también la necesidad de la conciencia de clase proletaria de revelar estas relaciones como base de su teoría de la realidad social.

De todo esto podemos concluir: la conciencia de clase se vuelve cada vez más liberada de las formas *mistificadas* de relación entre los hombres (formas acompañadas de justificaciones mágicas, místicas, religiosas, filosóficas, etc.), es decir, de formas no clasistas de relación entre ellos, cuando más la sociedad se aproxima a la destrucción de las relaciones de clase. Esto explica por qué el concepto de clases sólo ha surgido en la sociedad capitalista y más específicamente en la conciencia de clase proletaria. Es la purificación histórica de las relaciones entre los hombres como relaciones de clase lo que explica la posibilidad histórica de una conciencia de clases no mistificada, es decir, que se concibe a sí misma como una conciencia de clase.

Puede parecer a muchos, educados en una ciencia no teórica, que plantear el problema de la conciencia de clase de esta forma significa introducir elementos metafísicos y no científicos en el análisis. Sin embargo, lo metafísico es exactamente lo contrario. Es decir, la imposibilidad de estudiar el problema a este nivel teórico impide explicar el surgimiento del concepto de clases y de conciencia de clase, las relaciones entre el conocimiento, la praxis, la conciencia y la psicología de las clases.

Y al sumergirse este pensamiento en el modo de las apariencias sin poder explicarlas se enreda teóricamente en fenómenos inexplicables y en la imposibilidad de una ciencia social. Es decir, en una imposibilidad de *explicar* las relaciones que se presentan con formas contradictorias y mistificadas en la práctica no consciente de los hombres. La ciencia, en vez de ser un elemento de concientización de los hombres se vuelve su contrario: es el medio de absolutizar la situación de mistificación que está basada en la relación de explotación entre los hombres contra su voluntad y sus protestas. Los científicos "puros", "no ideológicos" y "no comprometidos" revelan así el profundo compromiso de clase que hace de su "ciencia" una ideología.

Liberar la ciencia de la ideología es pues liberar la ciencia de ciertos compromisos de clase, no con las clases en general, sino con las clases que no pueden permitir el conocimiento científico: las clases explotadoras.

VIII. INTENTO DE CONCEPTUALIZACIÓN

Después de estos pasos preliminares podemos intentar una conceptualización de las clases sociales.

Por clases sociales se entenderá agregados básicos de individuos en una sociedad, que se oponen entre sí por el papel que desempeñan en el proceso productivo, desde el punto de vista de las relaciones que establecen entre sí en la organización del trabajo y en cuanto a la propiedad. Se pueden descomponer, pues, los elementos del concepto de clases, a su nivel general y abstracto en:

1. Agregados de individuos.
2. Básicos en la sociedad.
3. Opuestos entre sí.
4. En relación a su función en el proceso productivo en cuanto a:
 - a) las relaciones de trabajo.
 - b) la propiedad.

Estas relaciones del ítem 4 se diferencian históricamente de acuerdo a los modos determinados que revisten estas relaciones de trabajo y la propiedad. A su vez, estos modos de producción dan origen a distintas formaciones socioeconómicas (modo de producción, más clases y más superestructuras).

Así podemos pasar a un segundo momento del concepto, es decir, su desdoblamiento.

Esta unidad de interés de estos agregados básicos frente a los agregados opuestos (de la misma formación social o sobrevivientes de formaciones distintas o base de otras futuras) y al conjunto de la sociedad los hace *tender* a una comunidad de:

1. *Conciencia de clase*, es decir a una unidad de concepción del mundo y la sociedad según sus intereses generales de clase lo que da origen a una ideología.
2. *Situación social*, es decir de modos de comportamiento, actitudes, valores, intereses inmediatos, distribución de los ingresos, concepción de la sociedad y del mundo, sentimientos y pasiones, acción e interés político, frente a los partidos y al Estado, etc.

Esta *tendencia* a adecuarse a sus intereses finales (objetivamente determinables e independientes de su conocimiento o no de ellos) se cumple históricamente en grado mayor o menor en función de los diversos componentes históricos (sociales, económicos, políticos, culturales, coyunturales) que integran una situación social. Estos componentes están formados de la complejidad de relaciones en una sociedad dada, entre las varias formaciones sociales que luchan dentro de ella y se combinan para formar una estructura provisoria de relaciones contradictorias.

Otro componente de la realidad concreta no planteado en la abstracción del modo de producción social son los niveles entre sus aspectos económicos, sociales, políticos y culturales. Por fin, las coyunturas específicas en que se presenta este desarrollo (revoluciones, crisis, períodos de equilibrio, etc.), modifican profundamente el grado de contradicción, equilibrio y correlación entre las diversas clases y grupos que componen una estructura social concreta.

Podemos resumir, después de este trabajo de conceptualización, nuestras respuestas a las objeciones propuestas por los varios autores que, según creemos, parten básicamente de una incomprensión del carácter dialéctico (diferencias en niveles, relación entre concreto y abstracto, papel de las contradicciones) del concepto marxista. Objeciones que sólo pueden sustentarse cuando se apoyan en textos aislados de su contexto o en interpretaciones viciosas de algunos "marxistas".

1. No se trata de una filosofía de la historia ni de una "escatología" en tensión con una sociología. El concepto de lucha de clases y su necesaria proyección en nuevas formas de producción es una exigencia de un análisis dinámico de las clases y es fundamental para explicar su dinámica actual. Las clases no luchan "dentro" de un sistema sino que esa lucha tiende a asumir el carácter de lucha "por" sistemas distintos.
2. No se trata de distintos conceptos de clase ni de visiones superpuestas desde el punto de vista del economista, del político o del sociólogo, sino una visión dialéctica en que el concepto se "rehace" de acuerdo al nivel de abstracción en que se ubica el análisis.
3. No se trata de una indefinición en cuanto al número de las clases sino que el número de las clases sociales varía según el nivel de análisis y según las estructuras sociales históricamente dadas.
4. No se trata de un concepto de ideología confuso en que aparecen en realidad varios conceptos contrapuestos o distintos, trátase del carácter dialéctico de la ideología, que supone: a) de un lado, una representación *verdadera* de los intereses de clase y b) de otro, la exigencia de introducir entre los intereses de ciertas clases la necesidad de oscurecer y mistificar su condición de dominadora, lo que no permite que su conciencia de clase refleje en forma real, sino mistificada, sus intereses. Pero esto no permite suponer una relación necesaria entre ideología y mistificación en todas las clases sociales.

5. No se trata de atribuir al proletariado ni a ninguna clase social una "misión histórica" desde un punto de vista metafísico o religioso. Cuando se habla de "misión" se hace referencia a las potencialidades históricas de una clase cuyos intereses materiales objetivamente determinables conducen a determinados resultados históricos desde que puedan imponerse históricamente sus intereses. El concepto de "misión" es usado en el sentido de la *Miseria de la Filosofía* cuando Marx se refería a la burguesía: "el requisito de la liberación de la clase obrera es la abolición de todas las clases de la misma manera que la liberación del "Tiers état" trajo la de todos los Estados ("Estados" medievales)".
6. Esto explica también la cuestión de la aparición de las clases como tales en la sociedad capitalista, lo que se aclara con el texto de Engels: "la revolución abolió los Estados y sus privilegios. La sociedad burguesa sólo reconoce ahora las clases". Por esto, por la necesidad de organizar la sociedad capitalista en base a las relaciones directamente económicas entre el "trabajador libre" (asalariado) y los propietarios de los medios de producción, el concepto de clases asumió su forma consciente y directa en la sociedad, rompiendo las formas mistificadas de estados, estratos, castas, etc., en que se manifestó en las formaciones sociales precapitalistas.
7. Por fin, estaría la disyuntiva de Ossowsky en cuanto a que la relación entre las clases debe ser comprendida en base a intereses opuestos o a relaciones entre explotados y explotadores. Disyuntiva falsa, pues la relación entre explotados y explotadores crea intereses opuestos y sólo a partir de la sistematización teórica de esas relaciones y esos intereses podremos lograr constituir un análisis de las clases.

IX. CÓMO INVESTIGAR LAS CLASES

Podemos ahora plantear los pasos que creemos debe seguir un estudio científico de las clases sociales. El hecho de que ordenemos este estudio en una serie de pasos de investigación que al mismo tiempo tengan una cierta autonomía e interdependencia no quiere decir que no se pueda empezar el análisis a un nivel intermedio o al mismo nivel final. Sin embargo, lo que pretendemos es que sólo se puede lograr un efectivo conocimiento científico (es decir, condicional, explicativo y por fin, causal) cuando se logra situar una determinada sociedad o grupo de sociedades o la sociedad internacional dentro de este modelo general del análisis. Esto no quiere decir que sólo exista ciencia social cuando se logre llegar a este conocimiento agotador. Se lo plantea más como un ideal científico que como una tarea inmediata.

1. Análisis del proceso productivo.

El punto de partida de un análisis de clase sería pues el análisis del proceso productivo, en el cual se puede distinguir:

- a) El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, tomado no solamente como un nivel de conocimiento tecnológico sino más bien en función de la aplicación de la tecnología al proceso productivo y del desarrollo de la división social y empresarial del trabajo. Todos estos temas son desarrollados hoy día por la sociología del trabajo y también por la antropología entre los pueblos primitivos, por la historia de la tecnología, etc. Trátase de profundizar cada vez más los métodos de observación en este campo de modo que se amplíe la visión científica de este nivel.
- b) El nivel de las relaciones de producción, que depende del anterior, pero que es al mismo tiempo su condicionante, pues las fuerzas productivas son desarrolladas por la sociedad, concretas y determinadas. A este nivel cabe analizar los componentes generales de la división social del trabajo según la función de estos agregados (trabajadores manuales, no manuales, de producción, de circulación, de comercialización, etc.) y de las relaciones de propiedad (propietarios de los medios de producción, de la fuerza de trabajo, etc.). Aquí entramos directamente en el análisis de clase, buscando caracterizarlas al nivel general de un determinado modo de producción o al nivel concreto de una estructura socioeconómica determinada.
- c) Al complementar este análisis podemos diferenciar en la estructura social las clases básicas de la sociedad, las clases intermedias, en formación, o decadentes, los diversos sectores de clase, relacionándolos entre sí en un modo de producción o en una estructura social.

2. Análisis de los intereses sociales.

Al disponer de los elementos de las relaciones internas de estos agregados (relaciones de explotación, de dependencia, de función, etc.) como fuerzas materiales, podemos empezar el análisis de los intereses que les corresponde en el modo de producción o en la estructura social.

Al diferenciar los intereses, los ponemos en relación unos con otros como opuestos e interdependientes, pues sólo de esta forma podemos alcanzar la efectiva comprensión de su significado. Por otro lado, sólo podemos comprender estos intereses desde un punto de vista dinámico en que el conflicto y las contradicciones entre ellos provocan una dinámica de la sociedad, una lucha de clases.

Es necesario diversificar el análisis en los subintereses de los varios sectores de clase, de las élites políticas o económicas y de los varios subgrupos que participan de una estructura social. A este nivel debemos introducir elementos más concretos de la estructura social como la estructura de poder, la distribución del ingreso, la estructura demográfica, las jerarquías de estratos sociales y las formas de estratificación, las instituciones, etc.

Al disponer de este cuadro general podemos comprender a una estructura social desde un punto de vista dialéctico en que la estructura aparece como un resultado y un condicionante de las relaciones entre intereses sociales en contradicción.

3. Conciencia y psicología de clases.

A partir de la identificación de esta dinámica de intereses contradictorios en movimiento podemos identificar las tendencias que mueven a la formación de la conciencia de clase y las que constituyen la psicología de las clases. Y no sólo de las clases sino también de los sectores de clase y subgrupos y estratos sociales que diversifican la estructura de clase y la limitan.

A este nivel tenemos que combinar el análisis económico-social abstracto con la observación más directa. Para identificar las manifestaciones ideológicas, habría que perfeccionar las técnicas de análisis de texto cualitativas y cuantitativas sometiéndolo al análisis del texto al modelo de intereses previamente identificados de forma que analice las relaciones entre las manifestaciones ideológicas, las tendencias ideológicas básicas y su dinámica.

Otro tipo de trabajo poco desarrollado son los estudios de movimientos políticos, de opinión pública, huelgas, "*meetings*", congresos, etc., que nos permitirían captar estos intereses en su movimiento complejo. Así también las encuestas con grupos y clases sociales (siempre dominando una buena técnica de análisis de actitudes y opiniones que no identifique afirmaciones prejuiciadas con actitudes reales) son otro elemento fundamental para identificar la psicología de las clases.

4. Integración del análisis.

Así el análisis se desarrolla en varios planos posibles. El plano del modo de producción, el más abstracto; el plano de la estructura social económica concreta, que supone la combinación de varios modos de producción y sus variaciones internas, y de la superestructura cultural e ideológica; por fin, el plano coyuntural que, como hemos señalado varias veces, conduce a la diversificación del comportamiento de las clases y grupos según las diversas situaciones coyunturales. El análisis de clase debe combinar todos estos planos para lograr su verdadera concreción científica.

El plantear la posibilidad de un análisis estructural y "modal"⁷ plantea el problema del papel de la conciencia en el desarrollo de la historia que se resume prácticamente en el problema de la previsión y del planeamiento. Si logramos no sólo prever el movimiento posible de determinados modos de producción y estructuras sociales, sino también el desarrollo posible de coyunturas determinadas podremos actuar sobre el momento socioeconómico y político de manera consciente y a través de los instrumentos apropiados. La ciencia social encuentra así su realización más perfecta. El análisis de la lucha de clases desarrollado en este conjunto de niveles y debidamente integrado sería el elemento clave para esta unión entre la teoría y la práctica.

Es interesante notar que este ideal científico se opone profundamente a una ciencia positivista que busca leyes generales válidas en sí mismas. Nuestro análisis de clase nos conduce exactamente a lo particular y busca leyes específicas y no generales. No es posible pues separar el análisis de clase de ciertas condiciones metodológicas que necesariamente supone.

⁷ Usamos "modal" al referirnos a los modos posibles de relaciones dentro de un modo de producción.